



Cerebro incógnita



FRANK CAUDET



El *night-club* más en boga de la famosa Via Broadway, eje de la vida nocturna de la considerada ciudad más cosmopolita del mundo, es, sin duda, el Music Tropical. Concorre allí la gente que maneja los «grandes» sin muchos reparos. Pero el Music corresponde a los dispendios de su clientela haciendo desfilar por el escenario las atracciones más famosas, cotizadas y admiradas. En ello radica principalmente su éxito.

Aquella noche el programa superaba en mucho, que ya es decir, al presentado en días anteriores. Una pareja de coreógrafos mundialmente cotizada; un cantante melódico, primero en la última edición del San Remo, y una bailarina hindú, fidelísima exponente del difícil y complicado arte genuinamente oriental.



Frank Caudett

Cerebro incógnita

Bolsilibros - Servicio Secreto - 969

ePub r1.0

Lds 15.01.18

Título original: *Cerebro incógnita*

Frank Caudett, año de 1.^a publicación en idioma original

Cubierta: Jorge Sampere

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

El *night-club* más en boga de la famosa Via Broadway, eje de la vida nocturna de la considerada ciudad más cosmopolita del mundo, es, sin duda, el Music Tropical. Concorre allí la gente que maneja los «grandes» sin muchos reparos. Pero el Music corresponde a los dispendios de su clientela haciendo desfilar por el escenario las atracciones más famosas, cotizadas y admiradas. En ello radica principalmente su éxito.

Aquella noche el programa superaba en mucho, que ya es decir, al presentado en días anteriores. Una pareja de coreógrafos mundialmente cotizada; un cantante melódico, primero en la última edición del San Remo, y una bailarina hindú, fidelísima exponente del difícil y complicado arte genuinamente oriental.

Inma —éste era su nombre artístico— avanzó hasta el centro de la pista, presa en el foco que la seguía e iluminaba con sus rayos que aumentaban, disminuían y cambiaban de color. La música tenía un ritmo electrizante, netamente oriental. Y a ella entregóse la mujer con movimientos que recordaban, inesperadamente, los de un ofidio. Parecía reptar. Contorsionábase y erguía, de repente, como una serpiente presta a atacar.

Los movimientos, exactos y milimétricos, unidos a la expresiva mímica de ella, encerraban una extraña e inquietante fascinación. Repelía y atraía al mismo tiempo.

Concentradas todas las miradas en un mismo punto, nadie se apercebía de la ligera conmoción registrada en la puerta que daba acceso a la sala. El *maître* fue el único, y acudió a ver lo que sucedía.

Desagradable sorpresa. Tan desagradable como la voz del enmascarado que, vestido de etiqueta, empuñaba una automática

que había colocado a dos dedos de sus narices.

—¡Quieto! ¡Silencio!

Retrocedió palideciendo intensamente, intentando apartar de su campo visual el azulado cañón del arma que, ahora, apuntaba rectamente a su entrecejo. Aparecieron tres enmascarados más. El que hablara antes, añadió, dirigiéndose de nuevo al *maître*:

—Una sola palabra, un movimiento y ganas las oposiciones a cadáver.

En voz alta la orden hubiera sonado como un trallazo. Quedamente, tenía una cualidad afilada y punzante que reducía los miembros a la impotencia.

El *maître* quedó inmóvil, sin atreverse a pestañear siquiera. A su derecha, tanto o más asustada que él, la exuberante pelirroja que guardaba el guardarropía, traída a punta de pistola por uno de los facinerosos, que quedóse vigilando junto a ellos, mientras que los otros penetraban en la sala.

La bailarina había terminado su actuación. Precedida de un tenso silencio, estalló una sonora y prolongada salva de aplausos con la que fue despedida la exhaustiva hindú, la cual, con graciosas genuflexiones, se retiró de la pista.

Los focos se apagaron. Encendiéronse las luces centrales. La orquesta atacó los primeros compases de un conocido *slow*.

Lentamente, las parejas fueron gravitando hacia el centro de la pista para entregarse sobre el encerado a las delicias de la danza. Y entonces reparó la concurrencia en los enmascarados que irrumpían en la sala.

Uno de los tres, en el umbral de la puerta, abanicaba con gesto amenazador de su pistola ametralladora el centro del local. Los otros dos avanzaron sala adentro, apartando a las parejas con violentos empujones.

—¡Si no se mueven —tronó la voz del que estaba en la puerta—, nada va a sucederles! ¡De lo contrario, guardarán un recuerdo poco grato de esta velada!

Cundió el pánico.

La orquesta enmudeció de repente. Y en el brusco silencio se escuchó algún grito femenino, alguna imprecación en boca de un hombre.

—¡No quiero oír ni el aleteo de una mosca! —estalló minucioso

el de la ametralladora—. Sólo buscamos a un individuo, nada tenemos contra ustedes, pero si se empeñan...

Le interrumpió uno de sus compañeros que serpenteaban por entre las mesas.

—¡Miradle! —gritó—. ¡Allí está! ¡Donovan, no tengas prisa! ¡Venimos a por ti!

El hombre que, aprovechando la confusión, intentaba alcanzar el tablado de los músicos para escabullirse por la puerta del fondo, se inmovilizó. Dio media vuelta, mientras su mano volaba hacia el sobaco.

Dos disparos sonaron al unísono. La mano del llamado Donovan no completó el movimiento iniciado. Una mancha rojiza empañó la inmaculada pechera de su blanca camisa. Un tercer disparo le derribó en tierra.

Nuevos gritos de terror poblaron en enrarecido ambiente. Se desmayó una mujer. Otra sufrió un ataque de histeria.

El enmascarado que efectuara el tercer disparo se acercó al cadáver.

Le sacudió un salvaje puntapié.

—Fiambre... —dijo, lacónico.

Luego, con toda celeridad, se unió a su compañero y, ambos, al que montaba guardia en la puerta. Desaparecieron de la sala, uniéndose a ellos el que vigilaba al *maître* y a la pelirroja del guardarropía. Cruzaron el vestíbulo, salieron a la calle, subieron al automóvil que, motor en marcha, les aguardaba y que segundos después se perdía entre el enjambre de vehículos que rodaban por la populosa arteria.

Mientras tanto, en el local, vencidos los angustiosos momentos de estupefacción, alguien con más serenidad que sus compañeros, telefoneaba a la policía.

* * *

Proceder a la identificación del interfecto resultó cosa sencilla. Se trataba de Alex Donovan, conocido abogado que se encargaba del asesoramiento jurídico de una importante entidad.

La policía inició su ardua tarea. Largos interrogatorios con quienes habían sostenido últimamente relaciones de cualquier

índole con el abogado. La mayor parte gente de relevante posición social, de inmejorables antecedentes. El resto, menos importante, pero también de honradez acrisolada.

Nadie recordó incidente alguno que pudiese proporcionar asomo de indicio. La pareja de Donovan en la noche del crimen, hija de un conocido industrial, no fue tampoco excepción en sus declaraciones.

Nada hacía suponer en la vida del abogado que tuviera concomitancias con el mundo del hampa. Pero por algo que escapaba a las autoridades, debía de tenerlas. ¿Por qué lo habían asesinado, si no?

La más absoluta impunidad rodeaba el crimen perpetrado en la persona de Donovan.

Sólo un dato pudo ponerse en claro: los asesinos habían huido en un «Oldsmobile», matrícula de Baltimore, que más tarde abandonaron en Nueva Jersey.

CAPÍTULO II

El autobús se puso en marcha, abandonando en el estacionamiento a buena parte de los viajeros. Mark Garland codeó, abriéndose paso entre la gente, cruzó la calzada y se introdujo en el edificio que se erguía ante él.

Salvó la puerta de aquella imponente mole envuelto en sus pensamientos. Se sentía feliz. Podía decirse que había alcanzado la meta de sus ambiciones. Conseguido el premio a varios años de esfuerzo y sacrificio: ocupar un puesto de responsabilidad, pese a su juventud, en el escalafón del FBI.

El camino no fue fácil; había sabido ocupar su puesto en un mundo tremendamente rápido, de vertiginoso girar, de neto materialismo.

Una sonrisa afluyó a sus labios, modelando con suavidad la rigidez de sus músculos faciales, al pensar en los capítulos de su vida que componían ya el archivo de los recuerdos.

Dejó atrás el amplio vestíbulo. Alcanzó la escalera salvando de dos en dos los peldaños. Desembocó en un pasillo a cuyos lados veíanse varias puertas con sus correspondientes indicadores. Se detuvo ante una de ellas y la golpeó discretamente con los nudillos.

Hasta sus oídos, amortiguado por el espesor de la puerta, llegó un:

—¡Adelante!

Entró.

Permaneció unos instantes en el umbral, observando con fijeza al hombre que, sosteniendo el tirador de la persiana, contemplaba la calle con cierto abstraimiento. Parecía no darse cuenta de su presencia.

Al fin se volvió, escrutando al recién llegado.

—Siéntate, Garland.

Como se lo habían dicho, lo hizo. Ironizando:

—Igual que en mi casa.

Durante unos segundos reinó el silencio.

Charles Warring, inspector jefe de la división del Federal Bureau of Investigation de Nueva York, tomó asiento tras su mesa.

Ofreció un cigarrillo a Garland, colocó el suyo entre los labios y, después de que ambos hubieron encendido, dijo:

—Trasladar objetos robados de un Estado a otro de la Unión es de nuestra incumbencia directa.

Mark Garland esbozó una irónica sonrisa.

—¡Vaya...! ¿Dónde habré yo oído eso antes de ahora?

—En Quántico, posiblemente —apuntó el inspector jefe, también con cierta ironía—. ¿Estás al corriente de lo sucedido en el Music Tropical?

—Noticias... —anunció Mark con reticencia—; a la gente le gusta hablar mucho.

Charles Warring clavó la acerada mirada de sus ojos grises en los del agente, cual si se intentara adivinar los pensamientos que surcaban el cerebro de aquél.

—Los que eliminaron a Alex Donovan del censo de los vivos huyeron en un «Oldsmobile» matrícula de Baltimore, que había sido robado dos días antes. Lo abandonaron en Nueva Jersey. ¡Ah!, el propietario del vehículo presentó la oportuna denuncia dos horas después de advertir la desaparición. ¿Comprendes?

El agente Mark Garland, del FBI, se encogió de hombros.

—Correcto..., ¿y qué?

Warring echó atrás, ligeramente, la cabeza. Con aire despreocupado exclamó:

—¡Nada..., nada! Que en cuestión de horas me ha invadido una enorme curiosidad por saber el porqué de ese asesinato... ¿No compartes mi desazón?

—Obvia pregunta a quien es de profesión curioso. Seamos claros y concretos, inspector —hizo una pausa para aplastar el cigarrillo en el interior de un pesado cenicero de bronce—. ¿Me larga el «muerto»?

Charles Warring sonrió sarcástico.

—¡Qué facilidad de reflejos la tuya! ¿Cómo lo has adivinado?

—Pura intuición..., ¡palabra!

—En el caso de que no te requiera ninguna de las beldades en vigencia —dijo el inspector jefe en un tono que rezumaba toneladas de burla—, ¿cuándo empiezas?

Garland cruzó las piernas negligentemente.

—En cuanto ponga los pies fuera de este despacho... Además —su voz se bañó en sorna—, con la cantidad de elocuentes pistas que acaba de proporcionarme, tengo el presentimiento de que será el *affaire* más sencillo que imaginarse pueda.

Warring contempló la punta ardiente del cigarrillo. Anunció:

—Tu amigo McFerry, de la Metropolitana, abdicará en ti el caso. Hasta que se ha probado que el asunto recaía de lleno en nuestra jurisdicción, lo ha estado llevando él.

—¡Qué inmensa suerte la mía! —exclamó el agente, sin abandonar su tono burlón—. Cuánto sufro por los que me envidian. ¿Algo más, inspector?

El aludido apuró el pitillo.

—Comunicame tus progresos —dijo entre dientes.

—Lo haré al dorso de una postal de la Mansfield —respondió, mientras se ponía en pie—. Fue un placer venir a Nueva York y conocerle, inspector.

Charles Warring contempló sonriente cómo Mark abandonaba su despacho. Sabía de lo que era capaz aquel muchacho de anchas espaldas, cabellos rubios y mirada desafiante.

—¡Pura sangre! —musitó para sí.

Media hora después, Mark Garland se instalaba cómodamente en los dominios del teniente de la Metropolitana, Lou McFerry.

Éste le recibió rebosante de cordialidad.

—Nunca me he sentido tan feliz al verte —exclamó, palmeando la espalda del agente.

—No me lo jures —se chanceó Garland, sin apenas mirarle—. Háblame de Alex Donovan.

McFerry apoyó la palma de ambas manos sobre la mesa escritorio.

—Le asesinaron hace ocho días en el Music Tropical.

—¿De verdad?

—Tómalo como quieras, pero no he sabido ir más lejos de ahí —señaló un legajo de papeles que reposaba encima de la mesa—. Ahí

está el expediente. Interrogatorios, preguntas, más interrogatorios..., ¡y al final nada!

Garland le apuntó con el índice.

—¿Nada? ¡No seas modesto! Has sabido descubrir lo suficiente para que el caso pasara al ámbito federal. ¿Te parece poco? —Esbozó una sonrisa de indiferencia, agregando—: Pero dejemos eso. ¿Qué hay de la persona que acompañaba a Donovan la noche en que fue asesinado?

Lou McFerry levantó las manos como si pusiera al cielo por testigo.

—No trates de involucrar a la muchacha en el asunto. Sabe tanto como nosotros. Se llama Iris Jarber y es hija del director de la Trading Borroughs Mines Incorporated. Donovan era el asesor jurídico de la empresa. Salió con él aquella noche como lo había hecho en otras.

El agente del FBI asintió maquinalmente.

—Hay algo que no me parece muy claro.

McFerry le interrogó con la mirada.

—El hecho de que fueran, precisamente, al Music Tropical a «despacharlo» —se explicó el federal—. Resultaba más sencillo en la calle..., en cualquier otra parte. Además, debían tener la certeza de encontrarle, es evidente que no corrieron el albur... ¿Cómo sabían que Donovan acudiría aquella noche al Music Tropical?

McFerry mostró su sana dentadura en una amplia sonrisa.

—Principio elemental de todo asesino: saber dónde se halla, o se hallará, su futura víctima.

—Muy ocurrente, pero no me vale. ¿Se te ocurren muy frecuentemente chistes como éste, Lou? Cuando tengas otro a flor de labios me llamas por teléfono, no lo olvides.

El teniente de la Metropolitana frunció el entrecejo.

Se excusó:

—No lo tomes así, Mark. Creo que he hecho cuanto he podido, pero ha sido inútil. Es imposible dar con una pista, encontrar un solo dato que arroje el más leve rayo de luz sobre el asunto. Hemos practicado un sinfín de detenciones, se ha «atornillado» de firme a un montón de confidentes... Todo para llegar a la conclusión de que el que se «cargó» a Donovan no es un habitual. En el fondo de todo esto se esconde un misterio inexplicable.

—Sin duda —corroboró el agente—. Me llevo todo esto —agregó, recogiendo el expediente—. Le daré un vistazo.

—No voy a engañarte, Mark. Me alegra traspasarte esta «bicoca».

—Si algo admiro en la especie humana es la sinceridad —filosofó burlonamente el del FBI—. Me largo. ¡Ah!, hazme saber cualquier novedad.

—De acuerdo —concedió el teniente—. Suerte, muchacho.

—La necesitaré. Feliz *week end*.

Y se ausentó sin más comentarios.

* * *

Mark penetró en su apartamento, lanzando la chaqueta sobre una butaca. Dejó los papeles en la mesa ratona que había en el centro de la estancia y se dirigió al mueble bar.

Tomó la botella de Johnny Walker, echando en un vaso una ración más que generosa.

Se volvió lentamente, mirando a la mujer con naturalidad.

Era todo un prodigio del bien sentarse. Ni el cinemascopio ni Cecil B. de Mille habían sido capaces de ofrecer al público nada mejor que aquello.

Poseía unas piernas que hubieran inmortalizado a cualquier fabricante de medias.

—Tengo varias llaves de mi apartamento repartidas —comentó el agente con insultante indiferencia—, pero su rostro no me es familiar. ¿Se trata de un presente de mi cerrajero?

La descortesía apenas si inmutó a la muchacha.

—¿Es usted grosero por naturaleza, agente? —preguntó ella, forzando una despectiva sonrisa.

Mark Garland, paladeando el *whisky* con fruición, musitó:

—No todas opinan lo mismo..., después de haberme tratado, claro.

Dejando el vaso encima del mueble, se acercó a la mujer, inquiriendo:

—¿Me tachará de indiscreto si le pregunto cómo ha entrado en mi apartamento y el motivo de su... agradable visita?

Esperó la respuesta contemplando con fijeza aquel cúmulo de

innegables encantos. Su esbelta silueta se recortaba dentro de un vestido que daba la sensación de ser una segunda piel. La sola pieza negra con ribete rojo que ceñía su figura escultural y cadenciosa, producía, al recorrerlo, verdaderos escalofríos.

—Me llamo Doris Donovan —anunció ella tras el lapso de silencio.

Los turbulentos pensamientos que por unos instantes cruzaron por el cerebro del agente, su pretendida indiferencia, se evaporaron como por ensalmo.

Descansó la palma de ambas manos contra el respaldo de la butaca donde se hallaba acomodada Doris.

—¿Donovan? ¿Familiar del Alex Donovan que fue...?

—Su hermana —le atajó ella.

—Lo siento —dijo Mark, tratando de componer un gesto de condolencia. Y, acto seguido, preguntó—: ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Fugazmente sus miradas se encontraron. Tan breve lapso bastó a Mark para adivinar cuanto de bueno y limpio se escondía tras aquellos ojos negros. Profundos, rasgados, de brillo permeable.

—Fui a visitar al teniente McFerry. Él me informó de que era usted quien se encargaba ahora del caso. También me facilitó su dirección. Llegué hace unos minutos, la puerta no estaba cerrada con llave y...

—Decidió entrar y esperarme. Correcto —completó Garland con un atisbo de sorna—. ¿Y bien...?

—He recordado un detalle —silabeó la muchacha.

Mark la contempló ahora con un interés puramente profesional.

—Hable.

Ella permaneció dubitativa unos instantes. Luego explicó:

—Ocurrió dos días antes de la muerte de Alex. Sorprendí parte de una conversación telefónica. Hablaba con alguien llamado Ramsey, insistiendo acerca de que vigilara a un tal Maunders y repitiendo varias veces el nombre: *Whisky Dore*. Dijo que allí podría encontrarse la solución al problema.

—¿Por qué no ha hablado antes de ese incidente? —quiso saber Mark.

Dorisladeó la cabeza ante la insistente mirada del agente.

—No sé... —dijo ella con cierto nerviosismo—. La impresión que

me produjo la muerte de mi hermano hizo que me olvidara de todo. Durante varios días he sido incapaz de coordinar un solo pensamiento... Hoy, de repente, me ha venido a la memoria este detalle. He creído que mi obligación era comunicárselo a la policía, y así lo he hecho. ¿Algo que objetar, agente?

Fue una nueva pregunta lo que vino en respuesta.

—¿Recuerda alguna otra cosa que pueda estar relacionada con el crimen?

—No —contestó Doris resuelta, poniéndose en pie.

Mark no hizo nada por retenerla. Tan sólo un suspicaz comentario:

—Si lo desea, puedo facilitarle una llave. No siempre dejo la puerta abierta.

—Tenía otro concepto de los federales. Es usted un estúpido petulante.

Luego sonó el portazo.

Acto seguido, Mark consumió el resto de su *whisky*.

Después se coló en su despacho, alcanzando la guía telefónica.

Había tenido un presentimiento y deseaba obtener una certeza del mismo.

El índice hizo volar las hojas hasta encontrar la página que buscaba. Entonces siguió con atención línea tras línea.

Un silbido satisfecho escapó por entre sus labios. Podía ser lo que buscaba. Leyó con atención:

«Ramsey & Fellowes. Private detectives. Nassau Street, 633».

Cerró el volumen de un manotazo, sin esperar más.

Al salir atrapó la chaqueta al vuelo, asegurándose esta vez de que la puerta quedaba bien cerrada.

CAPÍTULO III

El 663 de Nassau Street era una imponente mole de granito que formaba vértice con Wall Street, frente a las columnas helénicas en cuyo centro se alza la estatua de George Washington, en el lugar exacto donde el año 1789 juró como primer presidente de los Estados Unidos.

Mark Garland se apeó del taxi salvando con ágiles zancadas la entrada del edificio.

Un portero uniformado, que parecía una feria ambulante de chatarra, con andares del Chaplin de los buenos tiempos, le salió al paso.

—No sé si míster Ramsey podrá recibirle —dijo autoritario, después de interesarse por el piso adónde iba el visitante.

He hizo ademán de alcanzar un teléfono que se hallaba adosado en la pared.

—¡Quieto, nervioso! —exclamó Mark, paseándole sus credenciales por debajo de las achatadas narices—. No sea tan obsequioso que ya sé presentarme solito desde pequeño, ¿eh?

Ahí se acabó la autoridad del engalonado portero.

—Planta 16, letra c —indicó sumiso.

Garland, desde la puerta del elevador, se volvió para decirle entre ominoso y sarcástico:

—Si me priva del placer de sorprender al amigo Ramsey, puede ir encargando un uniforme menos ostentoso para el empleo de conserje en una de las galerías de Sing-Sing.

¿Entendido?

O. K.

Y sonrió ante la expresión de estupor del digno y eficiente

funcionario.

Instantes después el ascensor se detenía en la planta dieciséis.

Varios pasillos.

Puerta C.

Apoyó la mano sobre la hoja para oprimir el zumbador y..., ¡cedió mansamente!

¡Estaba abierta!

Esa anormalidad hizo comprender a Garland que algo no marchaba bien allí dentro. Dio un vistazo a ambos lados del corredor. Desierto.

Extrajo su automática de la funda sobaquera y terminó de abrir la puerta.

Pistola en mano, avanzó silenciosamente. No necesitó que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad, porque un rectángulo de luz se esparcía por el pasillo que se iniciaba junto a la entrada. Dimanaba de la segunda habitación de la derecha.

Extremando las precauciones se acercó hasta el umbral..., lo traspuso, y el cuadro que apareció ante su mirada le heló la sangre en las venas.

No era impresionable. Su profesión le obligaba a no serlo, pero aquella escena era suficiente para alterar los nervios mejor templados.

Sintió que los cabellos de la nuca se le erizaban. Una arcada le obligó a contraerse a su pesar.

Al fondo, la mesa de despacho. Sobria. Elegante. Pesada. Tallada en madera de nogal. Sentado a ella el busto de un hombre. El busto tan sólo, porque..., *¡le habían cercenado la cabeza!*

Merced a un tremendo esfuerzo de voluntad pudo dominar la angustia que le invadía por momentos.

Avanzó cuidadosamente, tratando de no borrar cualquier posible pista. Llegó al lado de la mesa y... tuvo que asirse al borde de ésta. Lo hizo con tal fuerza que le blanquearon los nudillos.

La visión espectral con que acababan de tropezarse sus ojos no la olvidaría por muchos años que viviera.

Mecánicamente, obedeciendo a un impulso maquinal, guardó la pistola.

Durante unos segundos se vio abstraído, contra su voluntad, por el morbo que dimanaba de aquella visión. Contempló los ojos

brillantes que parecían dos diminutos e inanimados pedazos de cristal.

Despacio, como si tratara de huir a un maléfico hipnotismo, levantó la vista del suelo. Paseó la vista alrededor buscando algo que ni él mismo sabía.

La vida de quienes, como Garland, oscila en cientos de ocasiones al extremo de un delgado hilo, depende muchas veces de la rapidez de sus reflejos en unas décimas de segundo.

Y Mark demostró ahora que, pese a la impresión sufrida, sus sentidos seguían funcionando con la exacta precisión de la más complicada máquina de relojería.

Se revolvió centelleante, justo a tiempo de evitar que el gigantesco individuo que se abalanzaba sobre él, blandiendo una monumental navaja, viera realizados Sus nefastos propósitos.

Interpuso el antebrazo derecho entre su cuerpo y la mano armada, pasó el izquierdo por debajo y, en brusca y dolorosa torsión, obligó a su antagonista a que soltara el cuchillo. Sin darle tiempo a que reaccionara, encogió la rodilla, clavándola en el bajo vientre del otro y, al encogerse, le propinó un soberbio gancho al mentón, estampándole contra la pared más cercana.

De rebote en aquélla, le cazó con un zurdazo al hígado.

Mark, entonces, viéndole tambalearse, menospreció la resistencia física de su rival. Todo sucedió en fracciones de segundo. El agente se desabrochó, jadeante, el cuello de la camisa. Y esta pequeña confianza estuvo a punto de costarle la «pelleja». El otro, simulando su flácido tambaleo, se disparó de repente, hacia adelante, tomo impulsado por una invisible catapulta. Extendidas ambas manos lo mismo que auténticas tenazas. Tiesos los dedos como garfios. Prestos a engarzarse en el cuello del federal...

—¡Te mataré! —farfulló bestialmente.

Fue el grito lo que advirtió a Garland.

Y pudo poner remedio al grave error que había estado a punto de cometer.

Se revolvió de nuevo.

Como una exhalación.

En el instante que el otro se le venía encima como un genuino kamikaze. Mark trató de evitar el choque con un hábil escorzo seguido de una agilísima finta, pero no consiguió por completo su

propósito. Sintió que las manazas de aquella bestia se ceñían en torno a su gaznate.

¡Y cómo diablos apretaban!

Tuvo perfecta y plena consciencia de que el aire no llegaba a sus pulmones..., ¡de que se estaba asfixiando!

Intentó debatirse del mortal abrazo, pero las fuerzas le iban abandonando a una extraña y soporífera laxitud.

Tenía el rostro congestionado.

Experimentaba la misma sensación que si fuera a estallar.

Fue un movimiento nacido de la desesperación.

Un golpe bajo aplicado con ansia de causar dolor con verdadero furor homicida. Por segunda vez aplicó la rodilla contra el bajo vientre del tipo. Era la única forma viable de combatir individuos de aquella envergadura y calaña.

—¡Hijo de perra! —masculló el rufián.

Mark no se entretuvo.

Era su oportunidad.

—¡Maldito asesino! —rugió—. ¡Ahora verás...!

Le asestó una patada en pleno rostro que le hizo voltear hacia atrás.

Otro punterazo en el hígado.

Un tercero en el bajo vientre.

—¡Aaaaaaaag!

La bestia se retorció en tierra presa de un dolor lacerante y agónico. Se contorsionaba como una serpiente, contrayéndose espasmódicamente.

El del FBI, ciego, sin pensarlo, se precipitó en plancha sobre él para seguir prodigando el duro castigo.

Le golpeó con precisión matemática. Con fuerza. Con violencia. Con saña.

Materialmente, lo machacó.

A duras penas logró contener su demoledor afán.

Lo necesitaba vivo. Era una valiosa pista.

Pero alguien lo sabía...

Por eso, el individuo vestido de negro que inesperadamente se asomó por la puerta, hizo funcionar la automática que empuñaba con la diestra, relleno de plomo el abdomen del que estaba caído y sin consciencia.

Mark no se preguntó el cómo ni el por qué.

En milésimas de segundo su mano aprisionó la culata de la pistola que llevaba dentro de la funda axilar, haciéndole escupir fuego sobre el intruso asesino.

Un proyectil rozó la sien del agente, porque el otro le devolvía el plomo.

La respuesta de Garland fue mucho más certera y el del terno negro se dobló hacia adelante, dejando escapar la automática. Cayó de bruces en tierra, cruzado en diagonal sobre el umbral de la puerta. Definitivamente muerto.

Mark Garland se hallaba solo con tres cadáveres.

Tomó el auricular del teléfono, situado en un ángulo de la pesada mesa de escritorio, e hizo girar el dial. Cuando le contestaron, se explicó conciso y lacónico, depositando de nuevo el auricular dentro de la horquilla.

Observó el desolador panorama. Tres muertos... y todos ellos relacionados con otro: Alex Donovan.

Lentamente inició un minucioso registro.

En esta tarea le sorprendió la llegada de la policía.

Lou McFerry se plantó en la habitación, dando el vistazo profesional del que ya sabe que nada puede hacerse.

—Estos dos —dijo señalando al mastodonte y al del traje negro—, son obra tuya, ¿no?

—Atribúyeme un solo «fiambre» y estarás en lo cierto, teniente.

Luego, Mark hizo un rápido resumen de lo sucedido. En cuestión de segundos, la estancia se vio invadida por un grupo de individuos. Fotógrafo, forense, peritos en dactiloscopia, etc. Los de siempre.

Uno hacía fotografías, otros marcaban con tiza *silueta* de los yacentes, otros les reconocía, y el resto esparcían polvos por encima de los muebles y husmeaban por todos los rincones.

—¿Has encontrado algo? —inquirió McFerry.

El federal, mostrándole un tiquet de consumición dijo:

—Esto. Lo llevaba el «maestro barbero» en uno de los bolsillos.

El teniente examinó la cartulina con atención.

Podía leerse:

WHISKY DORE

125 \$

Y mientras el policía examinaba el tiquet, Garland disparó una pregunta:

—¿A qué hora fue a verte Doris Donovan?

McFerry dudó unos instantes.

—Serían poco más de las siete... Unos diez minutos después de marcharte tú. Me explicó lo de la llamada telefónica, le dije que tú te encargabas ahora del caso y dónde podría encontrarte. ¿Por qué?

—Yo la he encontrado en mi apartamento sobre las ocho aproximadamente... —explicó el hombre del FBI—. He empleado unos minutos con ella, otros tantos para localizar la dirección de Ramsey y salir de casa. He llegado aquí sobre las ocho treinta y cinco... Casi a punto de sorprender a *monsieur* Guilloten en plena tarea. ¿No te dice nada eso?

—O. K. Que alguien ha previsto tu visita, preocupándose de enviar a éstos para «evacuar» al detective.

—Exacto. ¿Quién?

—Un árabe, Mark, diría... ¡Mulana sabe!

—Siempre tan chistoso. ¿Por qué no probaste fortuna en el circo?

—No seas tan susceptible, Mark. Así no conseguirás nada.

—Lou... —musitó pensativamente el federal—, tengo un cerebro incógnita por desenmascarar. ¡Y mucho que hacer para conseguirlo! Ahí te quedas con «eso» —abarcó la estancia con una rápida ojeada—. Mándame una copia del informe de los peritos y del forense... Además, necesito la biografía completa de un tipo llamado Maunders. Se trata de un asiduo del *Whisky* Dore. Esta noche le haré una visita al local.

Y sin decir otra palabra salió del despacho de Ramsey & Fellowes.
Private detectives.

CAPÍTULO IV

En el local reinaba cierta animación.

Algunas parejas giraban en el centro de la pista, alrededor de una música estridente y escandalosa.

—¿Qué toma el señor?

Mark estudió al camarero, mientras prendía un pitillo.

A través de una olorosa espiral de humo, dijo:

—Un manhattan... —Y acto seguido, con la mayor naturalidad, preguntó—: ¿Ha llegado Maunders?

—Pues... esta noche no le he visto, señor. Normalmente suele estar aquí a estas horas.

—Gracias. Le esperaré.

Fingió enfrascarse en la contemplación de la rubia que acababa de aparecer en el reducido escenario.

Se apagaron las luces.

Un reflector de tonalidad rojiza bañó el cuerpo de la dorada escultura. Con voz lánguida, melosa, estudiada, entornando las pupilas ensayadamente, la mujer entonó los primeros compases del siempre romántico «Smoke gets in your eyes».

Llegó el camarero de nuevo, depositando con elegancia, sin apenas efectuar ruido, un vaso de ambarino líquido encima de la mesa ocupada por el agente.

Paladeaba el primer sorbo cuando...

—¿Me buscaba?

—¿Es usted Maunders?

—Sí —respondió el tipo rollizo, entornando sus porcinos ojos—. ¿De qué se trata?

—Siéntese, Maunders, hablaremos de muertos —fue la respuesta.

El aludido apenas parpadeó. Tomó asiento impertérrito, con una tranquilidad que probablemente no sentía.

—No le comprendo.

—¿De veras? Claro, es que yo soy un tipo muy morbosos. Me paso horas y horas en la Morgue... Si usted supiera, Maunders... Pero estoy muy enfadado con usted, ¿sabe? ¡Ah!, y con sus métodos. ¿Por qué le han cortado la cabeza a Ramsey? ¡Es una pena desgraciarse tan hermoso cadáver de esa forma!

Hizo una pequeña y breve pausa. Seguidamente, añadió:

—No me diga que es la primera vez que oye ese nombre y que no sabe de lo que le hablo. ¡Son tópicos ya tan usados...!

Había pronunciado las palabras con igual indiferencia que si estuviese comentando cualquier trivialidad sin importancia.

Maunders se frotó las mofletudas manos. Anunció:

—Debe de estar loco, amigo. ¿Avisamos a un siquiatra?

Entretanto la rubia se desgañitaba en el tablado diciendo cosas agradables acerca de amores limpios y puros, lo cual, en sus labios, visto el *atrezzo*, sonaba casi a sacrilegio.

—Oiga, gordinflón —replicó Garland con sarcasmo— soy un hombre práctico, ¿entiende? No me gusta perder tiempo andándome por ramas y ramitas. ¿Puede saberse por qué dejaron tan feo al detective Ramsey? Su colega, el virtuoso de la navaja, llevaba un tiquet de consumición de este local... Ramsey le vigilaba a usted por encargo de un abogado llamado Donovan, que fue asesinado hace una semana. No hace falta ser un lince para establecer relación entre una y otra cosa. Pero yo soy muy curioso. ¿Por qué esa carrera de crímenes Maunders?

—Resulta usted un tipo muy cargante, muchacho —respondió el gordo arrastrando las sílabas con fingido y penoso esfuerzo—. Su tono me irrita, sus palabras me ofenden y no me cae nada simpático. ¿Quiere un consejo? Tome el manhattan y lárguese. Su salud es débil, su mente calenturienta, y el que esté loco no significa que tenga que aguantar sus estupideces. ¿Se va... u ordeno que lo echen?

—Ni me voy ni me echan —terció Mark en el mismo tono—. ¡Fíjese en la rubia!

Instintivamente, Maunders, llevó los ojos al escenario; y Mark, decididamente, dirigió su puño derecho al rostro de aquél.

Trastabilló, rebotando en la mesa, cayendo al suelo, arrastrando una silla en su caída.

Los aplausos y el griterío que despedían a la rubia ahogaron el estrépito y también las dos sonoras bofetadas que Mark propinó a Maunders, alzándolo en vilo de tierra y antes de que reaccionara.

Con una mano lo mantuvo sujeto, sosteniéndolo por las solapas, y con la otra le largó un soberbio zurdazo en pleno plexo solar.

Las cortinas del pasillo que decía conducir a los reservados, oscilaron ligeramente. Asomó el cañón de una pistola y sonó un disparo.

Certero. Exacto.

Maunders lo recibió en mitad de la espalda.

Se contorsionó entre las manos del agente, abrió los labios dejando escapar una bocanada de sangre.

Ante el estampido del disparo, la consternación fue absoluta y general.

Todo el mundo se inmovilizó.

Escuchóse algún gritito de asombro y terror.

Mark soltó el cadáver que sostenía entre los dedos. Corrió zigzagueando hacia las cortinas, las apartó de un manotazo e inició veloz carrera por el pasillo. Torció por el recodo de la derecha. Y allí, pareció tropezar con un muro invisible.

Miles de multicolores lucecitas se encendieron en el interior de su cabeza. Luego, sobrevino la oscuridad absoluta.

Se perdió por una cordillera de tenebrosas y escarpadas rocas, precipitándose desde ella a un abismo interminable de espesas y densas tinieblas.

CAPÍTULO V

—¿Le reanimo, jefe? —preguntó una voz.

—Hazlo, Stup —contestó otra—, pero con cuidado. No olvides que se trata de un federal.

El llamado Stup escupió con desprecio.

—¡Federal! —masculló, curvando los labios en sardónica sonrisa—. Si me dejara... ¡lo despellejaría como un cerdo, como lo que es! ¡Malditos bastardos lo que son todos! —Y volvió a soltar un nuevo escupitajo.

—Qué poco distinguido eres, nunca sabrás distinguir, no tienes distinción... Eres eso, un grosero —hablaba una voz pausada, imperiosa, metálica, impersonal, fría—. ¡De prisa, imbécil, despiértalo!

Stup no se hizo repetir la orden.

Era un perro, un perro fiel, que lamía la mano que lo azotaba a cambio de unos billetes. Un perro asesino e interesado. Sin borrar la cruel sonrisa de sus torcidos labios se acercó a Mark, que estaba tendido en el suelo y fuertemente maniatado.

Le propinó una bestial patada en los riñones.

El agente se estremeció. Stup lanzó una exclamación obscena, acompañada de nuevos patadones descargados con la fuerza que proporciona el odio acumulado contra algo o contra alguien.

—Ve por agua —habló el jefe—. No seas bestia.

—¿Por agua? —se sorprendió rabiosamente el aludido—. ¡Ahora verá!

Y se ensañó cruelmente con el indefenso Mark, sobre el que descargó un auténtico alud de patadas y puñetazos.

Garland experimentó la misma sensación que si todas las líneas del *subway* neoyorkino hicieran el recorrido dentro de su cerebro.

Alzó los párpados pesadamente y volvió a cerrarlos.

—¡Basta, Stup! Parece que reacciona.

—¡Yo le haré hablar, jefe! ¡Déjeme usted que trabaje a mi aire!

Mark abrió de nuevo los ojos.

Transcurrieron varios segundos antes de que los objetos que aparecían en su campo visual no perdieron la dualidad encajando en un plano determinado.

Se encontraba en un sótano cuyas paredes rezumaban humedad. Había varios cajones, sacos y una mesa rudimentaria. Del abovedado techo pendía una pelada bombilla de luz mortecina.

Intentó un movimiento, pero las ligaduras que sujetaban sus muñecas y tobillos se lo impidieron. Entonces vio a Stup. Escuálido, de mejillas hundidas, ojos saltones, con el labio inferior colgante y asomando espuma blanquecina por las comisuras. Tenía aspecto de anormal, de homicida, de sádico.

—Despábilate, muñeco... No he hecho más que empezar —dijo.

Y clavó la puntera de su zapato en el pómulos de Mark haciéndolo sangrar.

Se ahogaba. La respiración era jadeante. Pero ni el más leve quejido escapó de sus labios. Sólo brotaba por entre ellos un fino hilo de sangre.

—¿Qué buscabas en el *Whisky Dore*? —La voz surgió de uno de los rincones que quedaban sumidos en las tinieblas.

Mark no respondió.

—Está todavía muy tierno, jefe —apuntó el cruel acólito—. Tiene muy reciente lo de Fidelidad, Bravura, Integridad. Deje que yo lo «cocine» —y se inclinó sobre el agente, murmurando—: Te voy a poner a caldo, «fed».

Empezó de nuevo la flagelación, en la que Stup parecía encontrar un placer morboso, un deleite paradisíaco. Mark, sacudido como un pelele, trató de hurtar su cuerpo al bestial castigo, con lo que no consiguió otra cosa que enfurecer al esbirro quien, con mayor saña, laceró el cuerpo del agente.

—¡Basta! —ordenó el que permanecía en las sombras.

Stup, sudoroso, se incorporó, entrecortada la respiración, desorbitados y sanguinolentos los ojos.

—Es que... —jadeó.

—¡Cállate, necio!

Inclinó la cabeza con igual mansedumbre que un niño ante una regañina paterna.

—Supongo que será inútil hacerte unas preguntas —prosiguió el que no se veía, dirigiéndose a Garland—, y muy lamentable que míster Hoover tenga que prescindir de un colaborador tan eficiente... Eficiente y obstinado. ¿Qué te contó el amigo Maunders?

Apoyando los codos contra el suelo, en sobrehumano esfuerzo, Garland consiguió incorporarse ligeramente.

—Que los individuos como usted son unos puercos cobardes —escupió con visible desprecio—, que terminan entre emanaciones de gas letal, y que son mil veces peores que los tipos como él.

Stup, ansioso de congratularse con su jefe, cubrió de patadas la boca del agente, haciendo que sus labios sangraran abundantemente.

—¡Quieto, imbécil! —Fue la recompensa. Y dirigiéndose al federal, agregó—: No saldrás vivo de aquí, muchacho. Tu única oportunidad consiste en hablar. ¿Qué fuiste a buscar en el *Whisky Dore*? ¿Qué te dijo Maunders?

La cabeza de Mark Garland se había convertido en un caos de incoherencias. Las células cerebrales se negaban a asistirle. Aun así, reunió fuerzas para replicar:

—Es usted un ser despreciable. ¡Máteme! ¿Qué espera? ¡Dé orden a su lacayo de que lo haga! ¿No ve que lo está deseando? Pero vendrá otro... y otro, y mil más. ¡Y usted, caerá, como caen todos los de su calaña!

—No, no voy a matarte. Eso sería hacerte un favor. Tengo algo mejor reservado para ti. —Una carcajada gutural, satánica, pobló el sótano con ecos tétricos—. Conozco a un oriental que es verdadero erudito en materia de torturas... Será un placer inefable poner a prueba las firmes convicciones que te inculcaron en Quántico.

Mark apretó los labios.

Nada dijo.

—¡Vamos, Stup!

El rufián marchó con su jefe, no sin antes abofetear el rostro del agente.

Se abrió una puerta. Luego se cerró. Por último, percibióse el chirrido de un cerrojo al correrse.

Transcurrieron varios minutos de angustiosa espera en los que

Garland, lacerado el cuerpo por un dolor intenso, agudo y punzante como si tuviese clavados mil finísimos alfileres, permaneció completamente inmóvil.

Necesitaba que sus músculos se relajasen. Del tiempo que tardara en reponerse dependía ahora su vida.

De nuevo el chirrido.

Alguien estaba recorriendo el cerrojo.

¿Llegaría ya el chino... o, por el contrario, habían decidido asesinarle?

Lamentó no haberle comunicado a Warring sus planes. Y en este pensamiento no intervino el instinto de conservación. Simplemente el sentido del deber. Otro hubiera seguido su camino, el ya iniciado.

Era poco lo que sabía, pero algo había conseguido. Otro hubiese podido continuar sobre aquella misma pista. Se repitió cien mil veces el mismo pensamiento.

De esta forma su muerte resultaría anodina, estéril. Sacrificio sin provecho.

Unos pies sigilosos se arrastraban por la oscuridad.

—Garland... —susurró una voz conocida—. ¡Garland! ¿Está ahí?

—A... quí —pudo murmurar apenas.

Unas manos suaves y cálidas se posaron sobre su rostro. Un perfume turbador, netamente femenino, ascendió por sus fosas nasales.

—¿Cómo se encuentra? ¿Cree que podrá andar?

—Sí... ¡Pero...! ¿Cómo ha conseguido llegar hasta aquí?

—Las explicaciones, luego, Garland —expuso ella mientras trataba de soltar las ligaduras—. Lo importante en este momento es salir de aquí.

* * *

Tendido en el sofá, con el rostro cubierto de apósitos, dos enormes círculos violáceos bajo los ojos y los labios hinchados, el aspecto que ofrecía Mark Garland no era precisamente alentador.

Junto a él, Doris Donovan sostenía un paño húmedo para sustituirlo por el que tenía en la frente.

—Cuéntamelo todo, Doris —dijo él, trabajosamente.

—¿Cree que está en condiciones de escucharme?

Asintió en silencio.

—Suponía que esta noche iría usted al *Whisky Dore* —explicó la mujer sentándose en un ángulo del sofá—. Quería hablarle de nuevo, aunque, sinceramente, me había causado una impresión decepcionante en nuestra entrevista de poco antes. Le he visto llegar... Luego, ha sucedido todo con tal rapidez, que apenas si he tenido tiempo de salir del local sin ser observada.

—¿Cómo ha dado conmigo?

—He sido testigo de cómo lo sacaban por la puerta trasera del local. No he hecho otra cosa que seguirles prudentemente, y luego, imaginando lo que sucedía, he esperado el momento oportuno de hacer algo por usted.

Durante unos segundos, sólo se percibió la respiración de ambos.

Doris, cubierta su exuberante anatomía por un vaporoso *deshabité* azul cielo, se inclinó peligrosamente sobre Mark para cambiar el pañuelo.

Sin saber por qué, él sintió poderosas tentaciones de retenerla.

No lo hizo.

—¿Por qué quiere o quería hablarme? —Mark buscó con los suyos los fabulosos ojazos de la mujer. Grandes. Profundos. Rasgados. Doris rehuyó la mirada como temerosa del algo. El agente trató de esbozar una sonrisa, mas sólo afluyó a sus labios una desangelada mueca. Y agregó inesperadamente—: No quisiera morir sin decirle que es usted una mujer maravillosa, Doris.

El imprevisto requebro coloreó con intensidad las mejillas de la muchacha.

—He ocultado algo —dijo, respondiendo a la inicial pregunta del agente—. Primero a la policía... Luego a usted.

—¿Qué es ello?

Se abrió un paréntesis de silencio, en cuyo transcurso, la mujer pareció recordar... Avanzar retrospectivamente en el interior de un mundo ya olvidado.

—La muerte de papá fue un suceso confuso —explicó al fin—. El forense la certificó por aneurisma de aorta, pero... alguien sugirió la posibilidad de un envenenamiento. *De un asesinato*. Yo era una niña y nada comprendía. Alex sí, ya empezaba a ser un hombre. No olvidó nunca aquello. Por eso le mataron, porque trató de probar que habían asesinado a nuestro padre.

—¿Le contó Alex algo acerca de sus progresos al respecto?

—Nunca me habló de ello. Pero yo suponía lo que estaba haciendo. Tan sólo pude oír la conversación telefónica de que le he hablado antes.

—¿Por qué ocultó esos detalles?

—Por miedo. Tengo mucho miedo, Mark.

Garland trató de incorporarse, pero hubo de desistir en su empeño. Le pareció que la cabeza iba a caérsele. Eso le hizo recordar al detective Ramsey.

—Doris... —anunció lentamente, pero con firmeza—. Le prometo que no descansaré hasta que ese asesino purgue sus crímenes. —Hizo una pausa y a continuación añadió—: Ayúdeme, he de marcharme. No puedo permanecer aquí toda la noche.

—¡No está en condiciones de moverse! Por favor...

Y repentinamente, con un tentador y peligrosísimo revuelo del translúcido *deshabillé*, se inclinó sobre el agente. Besando los amoratados labios con pasión y ternura al mismo tiempo, mientras le rodeaba la nuca con ambas manos.

Y siguió besándole.

Así concilió el sueño Mark Garland.

¿Y quién no...?

* * *

—Lo de Maunders no creo que te sirva de nada.

—O. K. Exhaló el postrer suspiro entre mis brazos. Resume.

Lou McFerry miró a Garland con extrañeza. Luego leyó:

«Procesado en 1950, junto a Ronald McBryan, “el Caballero de la Navaja”, por tráfico clandestino de estupefacientes. Y con ellos otro “caballero” llamado Lawrence Clarkson, hoy propietario del Whiskie Dore. No se pudieron probar todos los cargos acumulados merced a la eficaz intervención de un experto abogado. No obstante, el Estado les solventó durante algún tiempo el problema del “alojamiento”».

—Esto empieza a tomar forma —soliloquió Garland—. ¿Has sacado algo en limpio de lo sucedido anoche en el *Whisky Dore*?

—No me he acostado. Preguntas... preguntas y más preguntas, para no conseguir aclarar nada. A Clarkson lo he tenido que soltar esta mañana después de escuchar unas doscientas veces la misma cantinela: «Soy un ciudadano honrado que no niega su colaboración a las autoridades. En mi local entran centenares de personas, ¿crees que debo informarme de la vida y milagros de cada uno de ellos? Pago mi contribución religiosamente, nada le debo al Fisco... y no importa lo que un día hiciera si hoy vivo dentro de los más estrictos cauces que la ley señala». Ya te digo, Mark, que he tenido que soltarle.

—¿Y con respecto a Maunders, qué ha contestado?

—Positivo. O. K. No ha negado, desde luego, que frecuentara su establecimiento. Agregando que tenía docenas de clientes habituales. Pero sí ha negado, de forma rotunda, mantener cualquier clase de amistad que no fuera la del: ¡Hola! ¡Adiós! «¿Qué culpa tengo yo, teniente, de que alguien eligiera precisamente el *Whisky Dore* para asesinar a Maunders?». La pregunta, como verás, es bastante lógica. No he sabido qué contestarle. ¿Y tú...?

El federal se abstuvo.

Y McFerry, tras unos segundos de silencio, ensayó un ademán de impotencia, diciendo:

—¿Qué podía hacer? Con esas pruebas era imposible solicitar una orden de arresto.

—Desde luego —admitió el del FBI—. Cualquier mediano leguleyo te hubiera frotado las narices con un reluciente mandamiento de «*habeas corpus*». —De repente, preguntó—: ¿Cómo se llamaba el abogado que defendió a Clarkson y compañía?

—Melville Donovan.

—¡Qué! —estalló Garland—. ¿Melville Donovan?

—¿A qué viene esa extrañeza?

—Estoy viendo demasiado claro, Lou —anunció Mark Garland, sin contestar por entero a la pregunta—. Escucha: Melville Donovan era el padre de Alex Donovan... ¿Comprendes?

—No. Ni por asomo.

—Necesito —miraba fijamente al teniente de la Policía Metropolitana—, lo antes posible, el nombre del forense que

certificó la defunción de Melville Donovan. Localiza a toda «pastilla» a un elemento llamado Stup —hizo una rápida descripción física de él—, del que sin duda tendrán cumplida fe tus archivos. Cuando tengas todo eso me lo comunicas, ya llamaré regularmente para estar en contacto contigo.

—¡Eh, Mark! —se desesperó el teniente—. Escucha... No puedes marcharte así, tienes que decirme...

—No seas tan susceptible, teniente. Así no conseguirás nada —ironizó el del FBI—. Es una frase tuya, *mon cheri*.

Se cerró la puerta.

Lou McFerry se quedó con una absurda expresión reflejada en su rostro.

* * *

La barra, la sala, la pista, estaban completamente desiertas. Nadie le molestó. Parecía no haber rastro de vida humana por parte alguna. ¡Qué distinto de la noche anterior!

El mismo pasillo, las mismas cortinas.

—Está prohibido el paso, señor. El espectáculo da comienzo a las once de la noche.

Era un individuo de larga nariz y rostro apergaminado, que había emergido lo mismo que una foca, del agua, por entre los cortinajes.

Garland, sonriente, inquirió con ironía:

—¿De veras? —Y le frotó las fauces con su credencial.

El hombre inició un ademán de rebeldía. Mark apartó la placa permitiendo que el otro viera la pistola que empuñaba con la zurda.

—Sea modoso, buen mozo, y no se altere —le dijo con dulzura en la que se velaba una clara amenaza—. Sin gestos, ademanes, y mucho menos ruidos innecesarios, acompáñeme al despacho de Clarkson. ¡Andando!

Mark, precedido de su accidental cicerone, torció por un pasillo lateral tenuemente iluminado. Había tres puertas. Una a cada lado y la tercera en el fondo, frontal. Está última tenía la parte superior en vidrio esmerilado. Pintado sobre éste con caracteres de color negro, leíase: «Dirección».

—Aquí es.

—Sé leer —le contestaron—. Llame..., pero con normalidad. Sin señas, ¿eh? Al primer conato de rebelión le dejo «seco».

Golpeó con los nudillos en el cristal. Al otro lado, una voz invitó:
—Pasa.

El tuteo era una clara evidencia de que el que estaba dentro tenía perfecta conciencia de que sólo empleados, conocidos o amigos podían llegar hasta el lugar sin ser previamente anunciados.

Mark, adivinando las intenciones del otro, le descargó un eficaz y demoledor culatazo sobre la nuca. El hombre se desmoronó, sin exhalar un gemido, lo mismo que una marioneta de trapo al romperse el hilo que la domina.

Garland empujó la puerta suavemente.

Lawrence Clarkson, reclinado sobre la mesa, alzó la cabeza contemplando con extrañeza al inesperado visitante.

—Mis visitas acostumbran a hacerse anunciar, caballero.

—Hay momentos en los cuales un solo segundo basta para alterar las monótonas costumbres de toda una vida. Éste es uno de esos momentos, mi caro amigo.

Mark jugueteaba indolente con la automática. Finalmente la guardó en el bolsillo.

—¿Me siento?

—De usted, optaría por abandonar inmediatamente este despacho.

—Mejor, cubil. Despacho es un eufemismo. A los albergues de las víboras y sabandijas se les llama cubiles.

Lawrence Clarkson se puso en pie. Dos rosetones de color rojo afloraron en sus mejillas. Parecía como si de un instante a otro fuese a sufrir un ataque de apoplejía.

—No le consiento...

Mark se plantó junto a él en dos zancadas, estampándole el puño derecho en mitad del rostro.

Clarkson perdió la estabilidad rebotando contra la butaca.

—Así..., sentado —finalmente había caído en aquélla, sentándose a la fuerza—. Es una posición mucho más cómoda para discutir asuntos delicados. A veces suelo ser en exceso expeditivo, cuestión de temperamento, ¿sabe...? El caso es que no puedo evitarlo. Máxime cuando trato con un cínico... Los cínicos me sublevan. Y usted, Clarkson, almacena el cinismo a toneladas. El

propietario del *Whisky* Dore trató de incorporarse nuevamente.

—No se mueva —le advirtió el federal—, a no ser que desee pasarse una larga temporada en un establecimiento sanitario.

—Le pesará, Garland. Se lo juro —dijo, mordiendo las palabras, en un tono vibrante de cólera.

—O sea —replicó el agente—, que sabe mi nombre. Y sabe que estuve ayer aquí. Sin embargo, ha manifestado a la policía que ignora los motivos por los que eligieron en este antro para «enfriar» a Maunders. ¿Cree que somos idiotas, Clarkson?

Lo atrapó por la corbata izándolo del asiento. Acercó su rostro a un dedo del de Lawrence y le espetó:

—La Metropolitana es en exceso complaciente, pero yo me he criado en el Bronx y no comparto sus prejuicios. Hable, Clarkson, hable, o le dejaré irreconocible. ¿Por qué mataron a Donovan? ¿Y a Ramsey? ¿Y a Maunders?

—¡No lo sé...! ¡Se lo juro! —imploró, gimoteando como una vieja—. ¡Yo no sé nada! ¡Nada tengo que ver con todo eso!

—¿Quién pagó a Melville Donovan para que los defendiera en 1950? —preguntó de nuevo, zarandeándole—. ¿Tampoco sabe eso?

Y lo empujó fuertemente, empotrándolo en la butaca.

—Lo ignoro, créame —gimió—. Yo no le conocía ni jamás oí hablar de él. Fue cosa de alguien que quiso ayudarnos.

Mark soltó una estentórea carcajada.

—¿Me toma por un imbécil, Clarkson? Alguien, ¿no? Alguien que dirigía el tinglado de las drogas, ¿verdad? Por eso luego eliminaron a Melville, porque se enteró de demasiadas cosas. Y luego se cargaron a su hijo, porque se había constituido en un peligro al investigar los verdaderos motivos de la muerte de su padre. En cuanto al detective Ramsey, porque logró descubrir que en este local se suministraba «nieve» a los adictos.

Hizo una pausa y añadió con énfasis:

—Drogas..., ésa era la prueba que andaba buscando Alex Donovan, para hundirles de una definitiva vez. ¿Me equivoco? ¡Conteste!

Gruesas gotas de sudor perlaban la frente de Lawrence Clarkson. Encogido en el fondo de su asiento, tuvo que hacer un esfuerzo para arrancar la voz desde la garganta a los labios. Dijo:

—No... No es...

La puerta habíase abierto silenciosamente. La mirada ansiosa de Clarkson advirtió a Mark de que un inminente peligro le amenazaba y, como una centella, se revolvió.

Cual si hubiera nacido un resorte bajo sus pies, se lanzó hacia adelante con ambas manos extendidas. Su acción fue tan rápida que sorprendió al que intentaba atacarle por la espalda.

Rodaron los dos por el suelo, intercambiando una serie de dolorosos golpes. Se levantaron a un mismo tiempo.

Y eso era lo que esperaba Clarkson, que, con un pequeño revólver en la diestra, había temido disparar por miedo de herir a su acólito.

Un sexto sentido advirtió al agente de que la muerte se cernía en torno a él.

Se dejó caer en tierra segundos antes de que restallara el disparo.

La bala astilló el cristal de la puerta.

Mark rebotó, como si sus articulaciones fuesen de goma, alcanzando al que antes tratara de sorprenderle en el instante que iniciaba un movimiento agresivo. Lo atenazó por la cintura proyectándolo contra Clarkson en el preciso momento que éste había elegido para efectuar el segundo disparo.

El hombre se detuvo en seco, a mitad del trayecto, lo mismo que si ante él acabase de surgir una invisible muralla de hierro. Alzó los brazos en postrer y desesperado esfuerzo por impedir que la vida escapara de su cuerpo. Finalmente rodó por tierra encogiéndose sobre sí.

Para entonces, Garland ya se había precipitado sobre Clarkson.

Golpe de judo en el canto de la muñeca, haciéndole soltar el revólver de inmediato.

Luego, un amago al estómago, para cuando el otro trató de burlar la acometida, lanzarle un tremendo y fulminante directo al mentón que lo hizo estamparse de espalda contra la pared con espeluznante chasquido de huesos y vértebras rotas.

Se amontonó sobre las baldosas como un pelele.

—Clarkson... —dijo el agente, entrecortada la respiración por el esfuerzo realizado—. Estoy ansioso por cobrarme la cobarde paliza que me propinaron ayer por la noche. Si es preciso le arrancaré la piel a tiras, pero hablará.

Lawrence Clarkson, semiinconsciente, alzó la palma de ambas manos en gesto sumiso.

Luego se frotó las sienes, mientras trataba de incorporarse. Lo consiguió con un esfuerzo, derrumbándose acto seguido sobre la butaca.

—¿Qué... quiere saber? —preguntó con desaliento.

Mark se situó, también tras la mesa, a su derecha.

—El nombre de su jefe, Clarkson. El nombre de ese cerebro incógnita que dirige la organización. Después, quiero que me firme una declaración en la que tendrá que exponer, de principio a final, los motivos y el porqué de este *rallye* de asesinatos. ¿Dónde esconden las drogas?

—Los alijos los guarda ella. Va suministrando...

—«Ella»... —musitó el agente con visible extrañeza—. ¿Quién es «ella»?

—La jefe... Si de esta forma le suena mejor.

Garland mostró el puño, amenazador.

Espetó:

—La noche pasada, Clarkson, una voz me interrogó sin querer mostrarme el rostro. Y esa voz era de hombre... De hombre, Lawrence Clarkson.

—¡Pero el jefe es una mujer! —insistió tenazmente el propietario del *Whisky Dore*, en un tono que podía juzgarse sincero—. ¡Se lo juro, Garland!

—¿Cómo se llama? ¿Dónde vive?

—Add...

En aquel instante se apagó la luz, el cañón de una metralleta asomó por la puerta entonando su mortífera salmodia, escupiendo varios rafagazos en abanicos. Fue un canto seco. Una tos espasmódica. Un crepitar de muerte que envolvió en unos segundos el cuerpo de Lawrence Clarkson.

Garland se había lanzado en plancha, al suelo, de bruces a él, instantes antes de que sonara la primera ráfaga. Gracias a ello y a su felina agilidad conservaba la vida.

Clarkson, acribillado, la estaba despidiendo en rápida agonía. De la mitad del pecho hacia arriba estaba convertido en un auténtico colador, en una verdadera criba.

Mark se arrastró hacia él.

Yacía al pie de la butaca. Doblado. Hecho un ovillo de carne y sangre.

Incrustó materialmente la oreja en los labios del moribundo, preguntando ansiosamente:

—¿Puede oírme?

Le respondió con un débil suspiro.

—Deme ese nombre y su muerte no quedará impune, Clarkson.

—Ad... da... Vail... lan... River... si... de Dri... —Una bocanada de sangre ahogó las sílabas ininteligibles que pronunciaba Lawrence.

Y jamás volvería a pronunciar otras. Había dejado de existir.

CAPÍTULO VI

Mark Garland caminó por el sendero de grava, luego se internó por el jardín en dirección a la casa que se erguía rodeada de un sepulcral silencio.

Desechó la idea de llamar a la puerta, tratando de buscar un acceso factible.

Lo encontró.

Dos amplias arcadas permitían el paso hasta la veranda. Tras ellas, un juego de blancas y vaporosas cortinas que se henchían tímidamente al recibir el suave impulso de la brisa que, procedente del Hudson River, se introducía por las abiertas cristaleras.

El salón era espacioso. En su decorado, gusto y lujo, distinción y riqueza, competían con exquisita armonía.

Las paredes, de tonalidad azulada, se adornaban con artísticas molduras. Junto a la entrada veíase una consola conteniendo figuras de adorno que hablaban de cifras sólo empleadas en astronomía.

Junto a la pared de la derecha, un sofá de madera tallada, tapizado en color oro, cuyos brazos se hallaban cubiertos por muelles almohadones, con profusión de borlas y flecos. A ambos lados, cómodos canapés de idéntico tapizado servían de adecuado complemento.

El suelo, de pulido encerado, igual que un inmenso espejo, reproducía a la inversa una imagen fiel de la estancia cobrando semejanza con las cristalinas aguas de un lago al devolver al cielo el fulgor reverberante de sus estrellas.

En el fondo, a la izquierda, un lujoso piano de brillante y pulida superficie en ébano.

Mark se acercó a él con una mueca de consternación y

desaliento reflejada en su rostro de facciones agradables, varoniles, duras y hoscas en ocasiones.

Adda Vailland había sido una mujer muy hermosa.

Ahora... ya no lo era.

Ningún cadáver resulta hermoso.

Estaba caída a los pies del piano, en desorden la cenicienta cabellera, hecho jirones el *negligé*, mostrando parte de lo que poco antes fueran sus cotizados encantos.

Tenía seccionada la yugular.

¡Un tajo maestro, sí señor!

La sangre había manado abundantemente resbalando sobre los senos y empapando el nylon.

Mark encajó las mandíbulas con tal fuerza que los dientes le rechinaron. Se mesó los cabellos desesperadamente mientras sus ojos recorrían la estancia con cierta ansiedad...

Un asesino muy cuidadoso. Sí, muy cuidadoso.

Además de hermosa, Adda Vailland había sido amante de la buena música. Y quizá una excelente intérprete de la misma también.

Al menos, eso parecía indicar la partitura que destacaba sobre el atril, y en cuya interpretación, seguramente, la sorprendiera la muerte.

«Improntu n.º 1 en “la” bemol mayor, op. 29», de Chopin.

¿De qué le había servido dar con tanta rapidez con el domicilio de la Adda Vailland que, según Clarkson, era la jefe de la organización? ¿De qué... si una vez se le anticipaban los ejecutores del verdadero jefe, del cerebro incógnita?

El agente permaneció unos segundos indeciso; luego, empezó a recorrer la mansión. ¿Dónde estaba la servidumbre de aquella casa?

Diez minutos después regresaba de nuevo a la sala. *No había nadie en la mansión... Nadie.*

Hizo una llamada telefónica y se sentó en el sofá a esperar.

Cuando llegó el teniente Lou McFerry, de la Metropolitana, lo encontró abstraído en sus pensamientos.

Poco después entraron dos individuos portando una camilla. Vio cómo la lona blanca descendía sobre el cuerpo de Adda Vailland.

—Melville, Alex, Ramsey, Maunders, Clarkson y..., por último, Adda. ¿Hasta dónde llegaremos, Mark? ¿Cuál es el nexo de unión

entre estos crímenes?

McFerry tomó asiento junto a él. Dijo:

Mark pareció no oírle. Aún así, respondió:

—Drogas, Lou, drogas —hablaba cansadamente—. Hay un cerebro incógnita que permanece en la sombra borrando hábilmente cuantas pistas pueden conducirnos hasta él. ¿Has conseguido lo que te pedí?

—Del tal Stup, ni rastro. Seguramente tendrá varios alias y ése es uno de ellos. El forense se llama Eirik Newton, jubilado en 1951 voluntariamente, con paradero desconocido. Tengo dos hombres tratando de localizarle.

—Consíguelo a toda costa..., es la única probabilidad que tengo de arrojar luz sobre este asunto..., ¡maldito asunto! En cuanto a Stup, ya me daré una vuelta por los archivos; su rostro es difícilísimo de olvidar y facilísimo de identificar aunque sólo se le haya visto una vez y en lugar de iluminación mortecina.

—¿Qué piensas hacer ahora, Mark?

—Volver al principio. El punto de partida de este caso, y su entrada en la jurisdicción federal, fue el asesinato de Alex Donovan, ¿no? La noche en que le dieron muerte iba acompañado por Iris Jarber, ¿no? ¡Pues tenía que haber comenzado por interrogar a esa mujer!

—Mark, Mark, te dije que eso es inútil. Ya lo hicimos nosotros. La muchacha nada importante podrá decirte. Fueron a divertirse y la velada tuvo un trágico final. De la vida de Alex sabe menos que nosotros. ¿Qué piensas o esperas conseguir por ese camino?

—Lo ignoro. Ya sabes tan bien como yo, que en nuestra profesión se dan las más extrañas coincidencias.

No esperes nunca encontrar, Lou, trata siempre de buscar.

—De acuerdo, Mark. El asunto es tuyo y no dudo sabrás tratarlo como creas más conveniente. Si hay alguna novedad, ¿dónde puedo localizarte?

—Tal vez en casa... De todas formas, te llamaré regularmente tal como quedamos antes.

—Correcto.

Llovía.

Llovía intensamente.

Cual si no lo hubiera hecho desde el día del diluvio. El piso estaba resbaladizo y, aun así, el taxi se lanzó como una saeta pegado a la verja del Central Park.

Rebasó Morris Park y fue a detenerse en el cruce de la Madison Avenue con la 125 Street.

Mark abonó la carrera y saltó a tierra oteando el horizonte. Unos cien metros más al norte estaba la dirección que buscaba.

Eran varios los palacetes que se alzaban a ambos lados de la populosa arteria, principalmente en aquel sector. El que apareció frente a los ojos del agente, pese a que el día no era el más apropiado para resaltar bellezas arquitectónicas, podía calificarse como superior a lo supremo.

Desde luego, sin lugar a dudas, los habitantes de aquella señorial mansión, debían contar los dólares por cubos o por kilómetros.

Lo recibió un hombre bajo, achaparrado, que andaba arrastrando los pies sobre la grava.

Junto al *hall* les aguardaba el mayordomo.

—Deseo hablar con *miss* Jarber —mostró la placa—. Policía federal.

La mirada que le dirigió el mayordomo fue de total y absoluta desconfianza.

—Tenga la bondad.

Le siguió.

Pasaron ante una doble escalinata que conducía al piso superior. Le introdujo en un salón regiamente amueblado.

Ella entró segundos después, silenciosamente. Enfundada en una bata de seda color rosa pálido que ocultaba por completo, desde el cuello hasta los tobillos, cuanto pudiera prestarse a comparaciones.

Era un rostro más de mujer. Agradable, sí. Pero vulgar. Sin rasgos que se distinguieran por su perfección o belleza. El cabello, castaño, debía proporcionarles un abundante trabajo a los *coiffeurs pour dames*.

—*Miss* Iris Jarber, ¿no?

Asintió sin apenas mirarle.

—Soy Mark Garland, del FBI.

—Por favor, siéntese —le indicó una butaca, haciendo ella lo

propio frente a él—. ¿En qué puedo serle útil, míster Garland?

—Se trata de Alex Donovan —anunció el agente, removiéndose en el fondo de su asiento—. Deseo que me hable de las relaciones que existían entre ustedes.

—Relaciones propiamente dichas, o lo que se llama noviazgo, no las hubo nunca —se apresuró por aclarar Iris, arreglando recatadamente los pliegues de su bata—. Simpatizábamos. El prestaba sus servicios en la empresa que dirige papá, y en ocasiones, los negocios, le traían aquí para tratarlos y discutirlos con él.

—¿Qué ocurrió la noche de su muerte?

Pareció que a Iris se le hacía un poco difícil responder aquella pregunta. Tras una pausa, repuso:

—La tarde en que sucedió el... accidente, Alex estuvo en casa trabajando con mi padre. Yo no recuerdo con exactitud la razón ni el motivo, entré unos segundos en el despacho. Fue entonces cuando me pidió que asistiera con él al Music Tropical. El resto, ya debe usted saberlo, ¿no?

Mark no la escuchaba. Una lucecita acababa de encenderse en lo más recóndito de su cerebro. Una extraña idea vagaba por los espacios vacíos de su mente.

¡Y qué idea! No podía dar cabida a semejante absurdo. Y... es que hay pensamientos que hasta para un agente federal son puros desatinos.

—Sí, sí, claro —respondió, volviendo apresuradamente a la realidad.

—Todo esto es cuanto puedo decirle —concluyó ella, invitándole sutilmente a dar por terminada la conversación.

Y no era mucho. Ni nada. Pero como Garland se sentía incómodo en aquel ambiente lleno de fría amabilidad, se dio por aludido no menos sutilmente.

—No la molesto más, *miss* Jarber.

Y salió, acompañado de su absurda idea.

En el vestíbulo se cruzó con un hombre alto, de porte distinguido, que a juzgar por las atenciones que recibía del mayordomo, no podía ser otro que el dueño de la mansión, míster Howard Jarber.

* * *

—Stup..., ¿me escuchas?

—Sí, jefe.

—¿Te acuerdas de Eirik Newton?

—¡Claro que me acuerdo de él! Yo mismo le convencí respecto a cómo debía extender el certificado de defunción...

—¡Cierra el pico, estúpido!

—¿Bien?

—Sabes dónde se encuentra, ¿no?

—Tengo una ligera idea de su escondrijo.

—Ve... y cuida mucho de él. Está enfermo y yo lamentaría enormemente que le ocurriese cualquier percance desagradable. ¿Comprendes?

—Su gramática es música, jefe. ¿Algo más?

—Nada. Mañana... me gustará leer el periódico.

—Estoy seguro de que encontrará alguna noticia de su agrado y complacencia.

—Así lo espero, Stup.

—Y no dude que así será, jefe.

¡Clic!

Se cortó la comunicación.

* * *

Doris se arrebuja, mimosa, entre los brazos del agente.

—Mark... ¡Oh, Mark!, creí que no ibas a venir.

Garland tomó suavemente la barbilla de la mujer alzándole la cabeza. Buscó los labios de ella para besarlos con largueza.

Se separaron lentamente tras el prolongado ósculo.

—¿De veras lo creías?

—Quizá —susurró, resplandeciente el rostro.

Mark se dejó caer en el sofá.

Miró a Doris largamente.

Luego la tomó de una mano haciendo que se sentara junto..., muy junto a él.

Beso que te crió.

Bis...

Etc...

—Muñeca —musitó él, tras el bis y el etc.—, necesito que me ayudes.

—¡Ah! —exclamó Doris, arrugando su boquita en un gracioso mohín de fingido enfado—. ¡Todos sois iguales! Tus mimos y tus caricias tenían un fin concebido de antemano, ¿no?

—No razones como una colegiala celosilla de largas coletas con lazos y cara pecosa —dijo Mark. Y para impedir que ella protestara de nuevo, la atrajo hacia sí. Cerró su boca de la forma más dulce y agradable en que puede impedírsele a una mujer que hable. Después—: Quiero que me digas algo sobre tu padre, sobre sus amistades. De alguien que tuviera sobre él la suficiente influencia como para pedirle que se hiciera cargo de la defensa de unos traficantes de drogas. ¿Quién pudo pedirle eso, Doris?

La muchacha se puso en pie. El mismo vestido negro de ribete rojo seguía ciñendo exquisitamente el curvilíneo trazado de su excepcional anatomía, seguía moldeando las armoniosas curvas de su cuerpo grácil y esbelto.

Las manos de Mark rodearon su talle.

—Doris..., aguarda, no digas nada. Eres la criatura más deliciosa que jamás han contemplado mis ojos. Cuando esto termine...

—No, Mark, por favor, no estropees lo que ahora está resultando idílico. Romperías el encanto. Yo te quiero y te querré siempre... pero no te pido que me prometas nada. No deseo que fiel al espejismo que ambos estamos viviendo vayas más allá de lo que tú mismo desees. Te lo mego..., deja que conteste la pregunta.

—Te escucho.

—Poco puedo decirte, Mark. Yo contaba entonces nueve años. Papá era un hombre muy reservado. Nunca recibía a sus amigos en casa; en realidad, no sé si los tenía. Lo más importante de su vida era su trabajo, su dignidad profesional. Quizá por eso, por tener un concepto en exceso elevado de su profesión, prefirió dedicarse al asesoramiento de empresas que a ser un leguleyo trápala de tres al cuarto...

—Trabajó en la Trading Borroughs Mines Incorporated, ¿no?

—Sí. Y gracias al prestigio de que gozaba, a su muerte, la firma se hizo cargo de los estudios de mi hermano Alex, reservándole, para años después, el mismo puesto que había ocupado papá. Fue

un acto muy generoso, sobre todo por parte de míster Howard Jarber, su director.

—Doris permaneció unos instantes en silencio.

—Creo que... que una vez encontré un retrato. ¡Espera! Me parece que aún lo conservo.

Salió de la estancia regresando minutos después con una fotografía.

La mostró a Garland.

Ni un solo músculo facial alteró la expresión del agente. Contempló la cartulina con fingido interés, como si viera por primera vez los rasgos en ella impresos.

Sin embargo, pocas horas antes había visto el original. Pero muerta. La mujer del retrato no era otra que Adda Vailland. Una Adda joven, llena de vida, cautivadora, sexual.

¿Defender a Clarkson y los demás? Eso y las constelaciones a la Tierra hubiese bajado Melville Donovan si ella se lo hubiera pedido.

—Quién sabe —dijo Mark con cautela.

—Quién sabe, ¿qué? —preguntó Doris, interesada.

Lo que pudo significar en la vida de tu padre.

Doris iba a replicar, pero el repiqueteo del teléfono se le adelantó.

Se miraron en silencio. Fue ella quien atendió la llamada.

—¿Sí...?

Una ligera pausa.

—Sí, sí, está aquí. Un momento —y tendiéndole el auricular a Mark, agregó—: Es para ti.

—¿Para mí...? —Arqueó él las cejas sorprendido—. No comprendo quién...

Atrapó el auricular.

—¡Ah!, eres tú, Lou. Debí suponerlo. ¿Cómo sabías...? —La respuesta que le llegó desde el otro extremo del cable le hizo sonreír—. ¿Qué dices? Sí, sí. La Lumière du Soleil. De acuerdo, voy para allá inmediatamente. Sí... Te llamaré.

Cortó la comunicación.

—¿Qué ocurre? —preguntó Doris, dando muestras de viva ansiedad—. ¿A dónde tienes que ir?

—No seas curiosa, muñeca —repuso Mark, besándola en la frente—. No tardaré en regresar.

—Tengo miedo —dijo temblorosa—. Ahora que te he conocido, me horroriza el solo imaginar que pueda perderte.

—No lo pienses. Nada sucederá, preciosa. ¿Me das un beso?
Le dio mil en uno.

CAPÍTULO VII

Se alzaba en una colina, junto al kilómetro 65 de la general Nueva York-Baltimore.

Era un oasis de paz para cuantos huían del tráfigo incesante de la metrópoli, del bullicio, de la vorágine de los negocios. Muchos acudían allí para restablecer temporalmente la salud de su espíritu. Otros, los más prosaicos, para deleitarse con las más puras esencias del arte culinario francés.

También existía un pequeño grupo que se afincaba, indefinidamente, o a largas temporadas, y los había que llevaban varios años de hospedaje continuado. Entre estos últimos figuraba Eirik Newton. Aunque en la Lumière du Soleil se le conocía por «el Misántropo».

Por eso aquella noche el encargado del comptoir quedó altamente sorprendido, cuando un caballero alto, delgado, vestido con chabacana elegancia, preguntó:

—¿Está míster Newton en su habitación?

Y ante la extrañeza del otro, añadió:

—Pregunto por Eirik Newton, no por el que descubrió la ley de la Gravedad.

—¡Oh, sí! —respondió el empleado un tanto azarado—. Sí, señor —y agregó, dando un vistazo al casillero numerado en el que se hallaban colgadas varias llaves—. Míster Newton se encuentra en su habitación. ¿Desea que le avise?

—¡No! No es necesario. Llevamos algún tiempo sin vemos y deseo proporcionarle una alegría. ¿Cuál es su número?

—El 24. Segundo piso.

Y le siguió con la mirada hasta verle desaparecer tras la puerta del ascensor.

—¡Curioso! —exclamó para sí—. Verdad es que las apariencias engañan. Hubiera jurado encima de un montón de Biblias que Eirik Newton no tenía amigos en este mundo.

Hecho el anterior comentario devolvió su atención a la revista y a las piernas de la Lollobrígida.

Entretanto, el ascensor había llegado al segundo piso.

El individuo avanzó por el pasillo de la derecha, siguiendo la numeración, que se hallaba sumido en una tenue y bien lograda penumbra.

La 24.

Llamó con los nudillos sobre la puerta.

Hubo de repetir la llamada antes de que una voz preguntara en tono desabrido:

—¿Quién es? ¿Qué desea?

—Carta urgente —respondió el hombre, extrayendo una automática de la funda axilar.

—¿Para mí? —inquirió el de dentro con extrañeza.

Unos instantes de silencio.

Gimió la cerradura. Se entreabrió la puerta. Atisbo por el resquicio el rostro malhumorado de un hombre entrado en años.

—Démela...

Se tropezó con el cañón de una pistola apuntada a pocos centímetros de su entrecejo.

Intentó cerrar pero el pie del otro se lo impidió.

El empujón que propinaron desde fuera, le hizo trastabillar, retroceder dando traspies.

Cuando recobró la estabilidad, el de la «carta urgente» estaba dentro de la estancia y había corrido el cerrojo de la puerta.

—Qué poco hospitalario eres, Eirik. ¿No recuerdas lo de... «dar posada al peregrino»?

—¿Qué significa esto, Stup? —inquirió con una serenidad desmentida por el temblor de sus brazos, por la zozobra de todo su cuerpo.

—La antesala de la muerte, mi querido amigo y ex forense Eirik Newton.

—¡No! ¡No podéis hacer eso! —imploró, cayendo abyectamente de rodillas—. He cumplido mi parte... siempre. Me encerré aquí con el secreto y con vuestro dinero, ¡con vuestro cochino dinero!

Stup estalló en una carcajada de desprecio y crueldad.

—¿Cochino? ¿Cochino el dinero? ¡Oh, Eirik, te has hecho viejo! Lágrimas de terror resbalaron por las mejillas del hombre.

—Por piedad... Stup, no me mates. Deja que siga aquí. ¡No me mates!

¡Menudo absurdo al hablarle a Stup de piedad!

Lentamente, como si su retorcido cerebro experimentase un morboso placer y deleite, fue levantando el cañón de la automática. Milímetro a milímetro..., dejando aflorar a sus labios una mefistofélica sonrisa.

—Créeme, Eirik, te envidio. Me he preguntado más de mil veces qué sensación debe sentirse al ver avanzar hacia uno la figura de la guadaña. ¡Si supieras lo que daría por estar en tu lugar!

Curvó el dedo alrededor del gatillo.

—¡¡Noooooo!!

Brilló un fogonazo.

¡Ploc! ¡Ploc!

Quien estuviese afuera, en el pasillo, podría jurar con entera convicción que el ocupante de la veinticuatro era un borracho recalcitrante que abría de dos en dos las botellas de champaña.

Al menos, se había escuchado por duplicado el característico ruido de dos tapones al abandonar el gollete opresor.

De dos tapones... o de dos disparos efectuados con silenciador.

Las dos balas se habían incrustado en el ex forense Eirik Newton.

En dos zancadas, Stup alcanzó el cadáver, depositándolo encima de la cama, decúbito prono. Lo arrojó con las sábanas de forma que, la primera impresión, fuese la de encontrarse con alguien que dormía.

Efectivamente: parecía estar durmiendo. Y dormía..., ¡qué duda cabe! El sueño eterno sin despertar.

«Van a tardar en descubrirlo... Lo publicarán en la edición de mañana por la tarde. ¡Espero que el jefe la lea!».

Retrocedió hasta la pequeña sala, tras cerrar la puerta del cuarto que cumplía las funciones de dormitorio.

Con una sangre fría pasmosa, se sentó en una de las butacas y prendió un pitillo. Luego consultó el reloj.

Transcurridos quince minutos, Stup salió de la habitación. Bajó

tranquilamente las escaleras, cruzó el vestíbulo y al llegar a la altura del comptoir, comentó sonriente:

—Le he dado una gran sorpresa a mi amigo Eirik. De haberle avisado, lo hubiésemos estropeado todo. ¡Buenas noches!

—Buenas noches, señor.

Y le vio salir, complacido.

Ignorante de que tras aquel hombre quedaba la huella indeleble de un cobarde y cruel asesinato.

Enfrascóse de nuevo en la contemplación del semanario ilustrado. Se le hacía difícil creer que existiesen mujeres como la Claudia Cardinale..., con aquellas «cualidades» artísticas.

* * *

—¿La habitación de míster Newton? —le interrumpió la voz de un nuevo desconocido.

—¡Caramba! —exclamó, cerrando la revista, contrariado—. Es usted la segunda persona que, en cuestión de media hora, ha venido a visitarle, y llevaba...

Mark Garland le interrumpió con cierta violencia, a la vez que exhibía la placa.

—¿Cuándo ha venido el otro? ¿Cuál es la habitación de Newton?

—No sé..., —tartamudeó—. Ha salido hace unos cinco minutos. La veinticuatro.

Mark ya estaba galopando por las escaleras.

La veinticuatro.

En el segundo piso.

Puerta veinticuatro.

Un empujón violento, otro, dos puertas saltando de la jamba...

Llegó junto a la cama en cuestión de segundos.

Volvió decúbito supino al hombre que parecía dormir.

Estaba muerto..., como ya había supuesto.

Le invadió un sudor frío. Apretó los puños desesperadamente hasta conseguir que los nudillos le blanquearan, se mordió el labio inferior, tratando de contener su cólera.

Una vez más había llegado tarde.

O, lo que era igual, el brazo ejecutor de aquel cerebro incógnita se le había anticipado.

Eirik Newton, la última posibilidad en aquel caso, ¡estaba muerto!

Hubo de contener sus irracionales deseos de emprenderla a golpes con lo primero que le saliera al paso. Su serenidad habitual, su sangre fría se habían esfumado.

—¡Dios Santo! —musitó—. ¡Van a volverme loco!

Arrastrando los pies, inclinada la cabeza sobre el pecho, abandonó la estancia desalentado.

No tenía nada que hacer allí.

Y... ¡tenía una remota posibilidad de...!

* * *

—¡Oh, Mark! —exclamó la aguardentosa voz—. Nunca podré perdonarte esta falta de tacto. ¡Levantarme de la cama a las dos de la madrugada para hablarme de un tipo escuálido, de mejillas hundidas y ojos saltones...! Si al menos fuese la hermana gemela de Diana Dors.

—Trata de recordar, Ronald, es algo de vital importancia —anunció Garland, ansioso—. Ese individuo se hace llamar ahora Stup. Pero posiblemente tenga cien nombres más.

Ronald, envuelto en un raído batín que pedía relevo a grito pelado, se mesó los desordenados cabellos.

Tras restregarse los somnolientos ojos, dijo:

—Deja que tome un trago de mi reconstituyente. Buck, el del gato negro con manchas blancas, sabes quién te digo, ¿no? Sí, ¿verdad? Pues ése me aseguró el otro día que el ginn contiene fósforo líquido.

Mark se dio por aludido.

—Si me proporcionas los datos que necesito —le instó—, te garantizo que estarás nadando en fósforo líquido durante un año.

—O. K. Eres un ángel, Mark. Pero está muy feo que seas de la «pasma». Yo, con tu inteligencia, sí que estaría nadando..., ¡pero en dólares! Diana Dors o su hermana gemela me pedirían, por favor, en matrimonio. ¿Has dicho que se hace llamar Stup?

—Eso he dicho —apremió el agente con impaciencia.

—Stup... Stup... Stup... Stup... —meditó y «recontrameditó», frotándose ojos, rostro y barbilla. Para exclamar al fin—: ¡Ya está!

—Venga, Ronald, ¿dónde para ese reptil?

—No lo sé.

—¡Qué diablos dices!

Ronald levantó una mano recomendando calma.

—No te pongas nervioso, ¡diantres! Ignoro el paradero de Stup, pero conozco el de su chica. Bueno..., hasta hace poco eran amigos. De todas formas, ella sabrá por dónde anda él.

—Vamos, Ronald, el tiempo apremia.

—Por nada del mundo sería policía. No dormís ni de madrugada. La muchacha se llama May, vive al pie del Manhattan Bridge, no recuerdo muy bien la calle..., a ver, sí, sí, se llama Pike Street..., creo que en el 228.

Mark metió unos billetes en la mano del hombre.

—Un día de éstos te detendrán, lo sé. Me haces llamar. Si no te has metido en un jaleo demasiado gordo, te sacaré.

—No te preocupes, fed. Lo mío siguen siendo las carteras en el subway. No hará falta molestarte. ¡Ah!, sigo sin perdonarte que me hayas despertado a horas tan intempestivas de la noche.

* * *

Era un edificio de ladrillos rojos como tantos otros que componen el barrio portuario de Nueva York. Estaba rodeado de depósitos comerciales y se componía únicamente de planta baja y un piso. En éste, veíanse cuatro ventanas sumidas en la más completa y absoluta oscuridad.

Por dentro, nada tenía que envidiarle a una pocilga.

Mark ascendió por los desvencijados y carcomidos peldaños, seguido por el crujir de sus pisadas.

Se detuvo frente a una de las puertas y aplicó el oído a la hoja de madera.

Ni el más leve ruido llegó hasta él.

Eligió el azar.

Golpeó la madera y aguardó.

Fue una larga espera, durante cuyo transcurso hubo de llamar un par de veces más.

Al fin se abrió la puerta.

La mujer, rara, desgñada, pero joven y atractiva, que apareció

en el umbral soltó con hastío:

—¡Que el diablo te confunda, hermano! A estas horas no trabajo.

Era joven, sí. Demasiado joven. Se hacía difícil creer que aquella muchacha, pese a lo que aparentaba y había dicho ser con meridiana claridad, tuviese algo que ver con un ofidio de la calaña del tal Stup.

—He venido para hablar contigo, May.

La mujer esbozó una mueca de desprecio.

—Entonces..., ¿eres «poli»?

—Muy intuitiva. Lo soy.

—Nada tengo que ver con la policía.

—Pero la policía sí tiene que ver...

Hizo ademán de cerrar la puerta en las narices de Mark. Pero éste esperaba una maniobra parecida. Por ello pudo evitarlo. Apretó con el hombro hacia adelante, introduciendo el pie entre la puerta y el umbral.

—Podría detenerte, May —anunció enfático, ya dentro del piso—. Estás tratando de negar tu colaboración.

—¡Bah! —desdeñó—. Estoy harta de oír esas monsergas. Anda, di de una vez lo que quieres.

—Muchas cosas querría, May. Entre ellas, que dejases de tomar drogas. ¿Te las facilita Stup?

—¡No seas cerdo! —estalló, colocando los brazos en jarras, sin importarle ni poco ni mucho el demoníaco revuelo de su salto de cama—. Por muy «poli» que seáis, no tienes ningún derecho...

Mark la atrapó por uno de los brazos, arrastrándola hacia el interior.

—¡Suelta, bestia! —gritó—. ¡Me estás haciendo daño!

El comedor cumplía funciones de todo.

De cocina, dormitorio y cuarto de aseo.

Una mesa destartalada, tres sillas semirrotas, una butaca con el tapizado deshecho, un armario, un fogón de petróleo y el revuelto catre.

Y en un rincón, una jofaina con agua sucia.

Era todo el mobiliario de aquella porqueriza.

La empujó violentamente hacia la cama.

May no se movió.

Sus grandes ojos turquesa buscaron instintivamente los de Mark. Fue una mirada llena de fuego que escondía mil promesas deliciosas. Sin embargo, aquellos ojos enormes parecían huir, de repente, y su fulgor se apagaba hasta oscurecer definitivamente, hasta dejarlos convertidos en dos discos mate sin brillo alguno.

De improviso, un extraño temblor azotó convulsivamente el hermoso cuerpo de la muchacha.

Tanto uno como otro eran síntomas evidentes de que estaba «trufada» de «cocó» hasta la raíz de los cabellos.

Cualquier otro, en el puesto de Mark, hubiese dado una errónea interpretación a la actitud de May. Pero el agente sabía el significado de aquellos síntomas inequívocos.

Pese a su deslumbrante presencia externa, por dentro, May, estaba convertida en una ruina.

—¡Habla, maldito! —rugió como una tigresa—. ¡Di algo! ¿A qué has venido?

—Quiero que me digas dónde está Stup y quién te proporciona la «cocó».

—Borríco... —Brincó sobre el colchón como una posesa—. ¡Ahora, cerdo! —agregó, desorbitando los ojos—. ¡Bastardo! ¿Vas a darme un sermón para que me regenere? —Escupió a los pies del agente—. ¡Tú, tú y todos vosotros sois los verdaderos culpables!

Pensó el agente que quizá ella tuviera razón.

Pero no pudo seguir pensando...

Repentinamente, ella lanzóse sobre Mark con intención evidente de arañar y destrozarle la piel del rostro.

—¡Nada te diré, mal nacido! ¡Nada!

Las dos bofetadas restallaron consecutivamente. Al unísono.

Quedó como petrificada.

Luego, cual si le fallaran las piernas, se dobló, cayendo hacia atrás encima de la cama.

Mark la siguió, sujetándole ambas muñecas.

—Déjame..., por favor —susurró con repentina docilidad.

Tanto como su faceta irascible.

—Déjame... —volvió a suplicar.

Lo hizo.

Y entonces, en un nuevo arrebato, May se abrazó a él buscando sus labios, aferrando sus manos a la nuca del agente.

—¡Ámame! —pidió desesperadamente.

Mark tardó más de un minuto en conseguir poder desasirse del férreo abrazo.

—Quiero que me lo cuentes todo, May —dijo él, acariciándola suavemente.

Prorrumpió en un mar de llanto. Gruesas lágrimas resbalaron por sus encendidas mejillas.

—No... puedo —sollozó amargamente—. ¡Me matará! Lo ha dicho muchas veces.

Mark encendió un cigarrillo y se lo pasó a ella.

May aspiró el humo con fruición. Pareció tranquilizarse.

—¿Cuándo le conociste?

—Buscaba trabajo. Sabía que mi físico podía proporcionarme buenos ingresos sin demasiados esfuerzos. Fue así como conocí casualmente a Stup. Me proporcionó un empleo de animadora en un club nocturno. Luego..., ya sabes lo que ocurre con el primero que te facilita un trabajo de esta clase, ¿no?

—Algo sé. ¿Dónde te colocó?

—En el Picadilly. Poco a poco me fue acostumbrando a él y a la droga... —Su voz se quebró angustiadamente—, no sé cómo ni de qué manera. ¡Créeme, no lo sé! ¡No lo sé! Pero ahora no puedo vivir... ¡No puedo pasar sin ella!

—¿Estabas con él?

—Sí. Hasta hace pocos días. Le abandoné. ¡Ya no podía más! Me pegaba..., me maltrataba.

Hizo una breve pausa. Luego, prosiguió:

—Ayer estuvo aquí. Me dijo que esta vez iba en serio: que me mataría. ¡Y lo hará! ¡Lo hará! ¡Tú... no le conoces!

—Sí, May, le conozco. Por eso quiero que me digas su paradero. Si tú me ayudas a encontrarle nada te sucederá y contribuirás a salvar muchas vidas. ¿Qué dices, May?

—Si te hubiese conocido antes, me hubiera enamorado de ti, sin duda..., y quizá hoy sería una mujer distinta. Tú eres bueno, habrías hecho de mí una mujer feliz..., como las otras.

Mark la sujetó por los hombros, apretándola con firmeza. La oprimió hasta hacerle daño.

—¿Dónde está Stup?

—Normalmente en el Picadilly. Tiene alquilado un apartamento

en Northen Boulevard, en el Queens.

Mark sacó una tarjeta en blanco, garabateando en ella un nombre y una dirección. La tendió a la muchacha, diciendo:

—Toma, guárdala. Si me necesitas, no vaciles en llamarme. Y si decides no tomar más «cocó», yo conozco un lugar en el que puedes olvidarte de la May que eres ahora.

—Has llegado tarde, «poli».

—Tú tienes la palabra.

—Hubiese sido hermoso, sí...

—Adiós, May.

—Adiós...

Y vio salir al agente con los enormes ojos azul turquesa arrasados en lágrimas. Con expresión de tristeza y nostalgia.

CAPÍTULO VIII

Las espirales de niebla nacían a flor de tierra y ascendían hasta unirse unas con otras en complicado trazado. Por entre ellas aparecía de trecho en trecho la luz mortecina de un farol que resultaba insuficiente para disiparlas. Al menos, así se lo parecía al hombre que, a través de la bruma densa y tupida, caminaba penosa y fatigadamente.

Con movimientos ondulantes llegó hasta el bordillo. Avanzó el pie derecho, tanteando. Bajó con infinitas precauciones. Parecía haberse ensanchado la calle, distar kilómetros y más kilómetros una acera de otra.

El paso se hacía más inseguro a cada segundo, la respiración más fatigosa, las piernas empezaban a pesarle como si fuesen de plomo.

Zigzagueaba al andar, como bajo la influencia de una monumental cogerza.

Se detuvo repentinamente en desesperado esfuerzo por conservar el equilibrio. Notaba la frente bañada en sudor, sentía gorgotear la garganta, las comisuras de los labios le segregaban una espuma de blanquecino color.

Le habían envenenado... Tarde se dio cuenta. ¡Pero qué mala suerte la suya! Tenía que reunir fuerzas suficientes. Apretó los dientes al cabo de unos instantes, reanudando la marcha con mayor dificultad, dando la sensación de que al segundo siguiente iba a caerse.

Finalmente dejó escapar un suspiro de alivio. Alcanzó el bordillo opuesto, abrazándose a una farola que, frente a él, había nacido de improviso en medio de la niebla.

Permaneció así unos segundos. Entornados los ojos, tratando de

aunar las pocas energías que aún conservaba su cuerpo, animado por la febril idea de llegar hasta donde deseaba.

Entonces vio que le estaban observando.

Un transeúnte.

Indeciso.

Que dudaba entre prestar o no su ayuda al que, evidentemente, había bebido más de la cuenta. Debió suponer que nadie iba a agradecerle la molestia, o sentir la repugnancia que suele inspirar una persona en tan lamentable estado.

El caso es que echó a andar bruscamente con ánimo de alejarse del lugar.

Algo, sin embargo, le impulsó a girar la cabeza no bien hubo dado los tres primeros pasos.

Justo a tiempo de ver cómo el desconocido resbalaba pegado a la farola, soltaba los brazos, pese a sus desesperados esfuerzos por evitarlo, y rodaba por el bordillo cayendo de éste a la calzada, permaneciendo inmóvil, brazos en cruz.

Su conciencia no le permitió seguir adelante, abandonando a un ser humano en un lugar donde cualquier vehículo podría arrollarle impunemente.

Volvió atrás.

Corrió hacia la farola.

Un sexto sentido le hizo presentir que aquel hombre no estaba borracho. Tuvo plena consciencia de que iba a morir.

Alzó en aquel momento la cabeza. Fijó en él su mirada gris y borrosa. Con penoso esfuerzo sacó un pequeño envoltorio del bolsillo y se lo metió en la mano justamente cuando el otro se inclinaba.

—Entré... gue... lo al... al... FBI... —murmuró—. Diga..., diga..., que...

Se apagó la voz.

Debilitóse hasta el punto de hacerse ininteligible. Tuvo que pegar el pabellón auditivo en los labios del moribundo para percibir sus últimas y ahogadas palabras:

—... en el Pica... dilly... Que... yo..., Alf Fellow...

Enmudeció.

Los ojos se tornaron como dos pedazos de cristal. En blanco. Midriáticos. La cabeza chocó contra el pavimento produciendo un

chasquido macabro. Angustiado, el hombre trató de alzársela nuevamente... y, en aquel momento, a partir de aquel instante, las cosas sucedieron vertiginosamente.

¡Crac! ¡Crac! ¡Crac! ¡Crac!

Sonaron tres..., cuatro detonaciones.

¡Crac!

Cinco. Confundidas en una sola.

Los proyectiles, con rabioso silbar, atravesaron la espesa cortina de niebla yendo a impactar en la pared, tras silbar peligrosamente a pocos centímetros de donde tenía la cabeza quien en un rasgo de humanidad trataba de atender al que ya nada necesitaba.

El pánico se apoderó al instante del transeúnte.

¡Estaban disparando! ¡Contra él! ¿Por qué? ¿Quiénes eran? ¿Qué pretendían? ¿Le tomaban acaso por un atracador a punto de desvalijar a su víctima?

Un nuevo proyectil, que silbó mucho más cerca, le hizo pensar en la urgente conveniencia de formularse menos preguntas y poner pies en polvorosa, distancia entre él y los que disparaban, levantar el vuelo a toda máquina.

Así que, con la celeridad del rayo, rompió a correr calle arriba, en zigzag, para hurtarse a los disparos que sonaban espaciadamente.

¡Crac!

Un plomo cálido lanzó un aterrador silbido al cruzar cerquita de su oreja.

Apretó el ritmo de la carrera.

Dobló por la primera bocacalle buscando refugio en un portal.

Allí, oculto en las tinieblas, permaneció el doble de tiempo que podía considerarse prudente.

Luego salió.

¿Dónde paraban las oficinas del FBI?

CAPÍTULO IX

Mark, prendiendo un pitillo, mientras esperaba en el cruce de Manhattan Bridge que pasara algún taxi libre, pensó que una mujer arruinada moralmente a la edad de May era una verdadera pena.

Un desastre.

Un puñado de basura al que aún le quedaba corazón.

¡Una más...!

¿Y qué? ¿Iba él a solucionar un problema casi tan viejo como el mundo?

¡Ca! El, como los demás, sólo se acordaba de que existía aquello cuando se tropezaba con una persona como May.

¿Persona... o ruina?

¡Bah!, nada adelantaría.

Tiró el cigarrillo, recién encendido, pisoteándolo coa rabia. Infantil desahogo el suyo. Vio venir un taxi y alzó la diestra agitándola en el aire.

A la hora de dar las señas, dudó.

¿Localizar a Stup?

¡Difícil caso aquél! Al principio parecía no entrañar más complicación que las normales que podían surgir en el curso de la investigación de un crimen. Sin embargo, habíase encontrado ante un monumental rompecabezas...

Frente a un cerebro incógnita, que se le anticipaba continuamente, que parecía calcular y preveer todos sus movimientos. Parecía estar jugando con él a medida de sus deseos, divirtiéndose hasta el momento en que juzgara oportuno aplastarle como a una cucaracha insignificante.

Y todo se había iniciado con un crimen. Y con un coche marca «Oldsmobile», matrícula de Baltimore, robado, que más tarde

aparecería en Nueva Jersey. Un Estado en el que la Metropolitan Police de Nueva York no tenía poder, por lo cual, el asunto recaía de lleno dentro del ámbito federal cuya jurisdicción abarcaba todos los Estados de la Unión.

Un crimen... que, sumado al anterior y a los restantes..., Melville, Alex, Ramsey, Maunders, Clarkson, Adda y Eirik Newton.

Mark dudó, sí.

Porque aquella idea banal, absurda, le había invadido de nuevo. Realmente... resultaba inconcebible. Igual que le sucediera en la mansión de los Jarber. ¿Se estaba volviendo loco? ¿Funcionaba normalmente su cabeza?

Sí. ¡Y la idea persistía!

Tomó una decisión. Stup podía esperar momentáneamente.

Le dio al taxista la dirección de la división del Federal Bureau of Investigation en Nueva York.

Hablaría con el inspector jefe. Le expondría la absurda idea.

¿Y si estaba equivocado?

Sencillo.

Se plantaría frente a la mesa del inspector jefe, Charles Warring, y dejaría sobre ella su placa y su pistola.

No veía otra solución ni otra alternativa.

* * *

El inspector jefe, Charles Warring, tomó el envoltorio con igual cuidado que si se tratase de un artefacto de muchos megatones.

Lo desenvolvió precavidamente.

Luego, una expresión de perplejidad apareció en su rostro.

—¿Está seguro de que ha sido esto lo que le ha entregado?

Y le mostraba una caja de cerillas. La que había surgido del interior del envoltorio.

El otro, no menos sorprendido, vaciló unos segundos antes de responder:

—Sí..., sí, señor. Segurísimo.

—¿Sólo mencionó el nombre del Picadilly?

—Eso y que les trajera a ustedes el... paquete. Dijo llamarse Alf Fellow o algo así, y murió sin pronunciar otra palabra.

La conversación fue interrumpida por un muchacho que penetró

en el despacho de Warring con toda franqueza.

—Hemos identificado al muerto, inspector.

—¿Sí...? —Prenunció Warring, sin apenas mirarle.

—Se trata de Alf Fellowes. El socio de Anthony Ramsey. Entre ambos tenían montada una oficina de investigaciones privadas. Puede que a Garland le interese saber algo de esto...

—Fellowes, ¿dices?

—Sí, inspector.

—Bien. Trata entonces de localizar a Mark Garland.

—O. K., inspector.

—¡Espera! —Y dirigiéndose al hombre que permanecía acurrucado en el fondo de la silla, añadió—: Vaya con el agente para que tome nota de su nombre y domicilio. Ya le llamaremos si es necesario.

Salieron de la estancia dejando solo a Warring.

Una caja de bengalas como había cien mil.

¿...?

La abrió.

¡Qué pocas cerillas! ¡Y la caja parecía nueva!

Entonces empezó a comprender. Febrilmente vació el contenido en la palma de la diestra, metió una uña por un lado del fondo y lo levantó.

¡Entre el fondo que había levantado y el verdadero apareció un papel blanco doblado!

Un papel como el empleado por los farmacéuticos para servir determinados específicos en polvo a pequeñas dosis.

Lo desdobló con cierta aprehensión. Contenía unos polvos de un blanco ligeramente amarillento.

¡No cabía duda!

Rápidamente descolgó el teléfono.

* * *

Sostenía el auricular con la zurda.

Iba a discar un número en el dial.

Entonces se abrió de nuevo la puerta, apareciendo en el umbral el rostro malhumorado de Garland.

—No hace falta, inspector —anunció a guisa de saludo—. Es

cocaína.

—¡Eres un genio, Mark! Sólo iba a llamar al laboratorio..., es necesario, si no te importa, que los expertos confirmen tu acertada hipótesis. ¡Ah!, no he recibido la postal de la Mansfield, aunque sigo de cerca tu vida ajetreada.

—¿Le guasa, inspector?

Y se retrepó en una silla, mientras el otro hacía la llamada.

—¿Y bien? —inquirió al colgar—. ¿Me cuentas tus vicisitudes, Mark?

—O. K. Me consumo de ansia por hacerlo —replicó el agente con relativo humor.

Y la conversación duró cerca de una hora.

Charles Warring se puso en pie. Paseó por la estancia y, tras unos segundos de reflexión, se encaró con Garland. Le dijo:

—Necesitas un descanso, Mark. En los últimos tiempos has trabajado demasiado. Los problemas más difíciles han recaído sobre tus espaldas..., además, a todos nos conviene una temporada de reposo.

—¿Insinúa, acaso, que debo abandonar este asunto?

—No lo insinúo. Lo creo conveniente.

—¡Y un cuerno! ¡Ni lo sueñe, inspector! Tengo que demostrar que estoy en lo cierto, ¿no comprende que por absurda y estúpida que sea mi idea, es la única explicación plausible..., no se da cuenta de que tiene que ser así?

—¿Y si te equivocas? Eso es muy grave. Mark, escucha: tú eres uno de mis mejores hombres, por no decir el mejor, y no estoy dispuesto a que por causa de un momento de ofuscación eches a perder tu brillante porvenir en el FBI. Otro podrá encargarse de esto. Y hay que tener en cuenta que la Narcotic Squad^[1] tomará cartas en el asunto. Tú mismo acabas de decirme que se trata de una red dedicada al tráfico de estupefacientes.

—De ello estoy completamente seguro.

—Por eso...

Mark se incorporó. Mirando fijamente a su jefe, pidió:

—Inspector..., dos días más. Sólo cuarenta y ocho horas. Concédame ese plazo. Si fracaso, abandonaré el asunto por propia voluntad. ¿Trato?

Warring aún dudó unos instantes.

—Con una condición.

—¿Cuál?

—Tienes que tenerme al corriente de tus pasos.

—De acuerdo. Además, si las cosas se desarrollan como yo espero, voy a necesitarle. ¿A qué hora fue encontrado Fellowes?

—Sobre las tres y diez de la madrugada.

—De no ser por la muchacha, quizá hubiese llegado a tiempo de impedir ese nuevo crimen.

CAPÍTULO X

Se elevaba sombrío y severo en una colina de los alrededores de Hoboken.

Era un edificio envuelto en el más completo abandono.

Rodeado por un descuidado jardín rebosante de maleza, de arbustos y matorrales que alcanzaban alturas inusitadas.

Alguien debía ser su propietario, pero no se le conocía.

Como siempre, un silencio de sepulcro envolvía la casa de la colina.

Mas la casa no se hallaba todo lo desierta que su exterior aspecto pudiera hacer suponer.

Dentro...

En una de las salas donde quizá años antes se habían reunido los más nobles caballeros, se celebraba ahora una reunión de villanos.

Una larga y pesada mesa.

Luz difusa.

El alumbrado procedía de un vetusto candil situado en el extremo de la mesa.

El resto de la sala se hallaba sumergido en tinieblas. Apenas si podían distinguirse los rostros de los tres individuos reunidos en torno a la mesa. El de uno en particular, no se hubiese visto aun uniendo los alardes luminotécnicos de Las Vegas y Beverly Hills. Lo llevaba cubierto por un amplio capuchón que le caía sobre el pecho.

Era éste quien hablaba en aquellos momentos:

—La ineptitud es el preludio de los fracasos.

—¡Jefe! —protestó uno—, se ha hecho lo que usted ordenó. Ni una sola pista puede conducir hasta nosotros.

—No salgo de mi asombro al darme cuenta de lo imbécil que llegas a ser, Stup. Creí que a mi lado aprenderías algo. Al menos, si

tu cerebro es tan obtuso, no menosprecies el de los demás. A estas horas, Mark Garland sospecha cuál es mi verdadera identidad..., cosa que tú ni por asomo.

—En ese supuesto, tendría que demostrarlo —intervino el tercero.

—Tú eres tan inocente como éste —habló el de la capucha—. Aunque Garland no demostrase mi doble personalidad, sólo con el revuelo que armaría la Prensa habría suficiente para arruinar mi carrera..., y dentro de dos años tengo la certeza de escalar un puesto en el Senado. No puedo andar jugando con un porvenir como el mío.

—Hasta la fecha he conseguido evitar que Garland progresara en sus investigaciones.

—¡Qué lumbrera! —se mofó el otro—. Apenas hace dos días que tomó el asunto... ¿Qué pretendías entonces, que en un par de horas deshiciera lo que yo tardé meses en construir? No lo consiguieron en 1950...

—Gracias a la intervención de Melville Donovan —le interrumpió Stup.

—¡Claro!, lo buscaste tú. Y pensaste también en la manera de obligarle a intervenir. Será mucho mejor que te calles y que no se repita lo de esta noche en el Picadilly. Fellowes os ha llevado al huerto cogidos de la mano.

—¡Nada tengo que ver! —protestó Stup—. Alleri es quien controla el local. El debía haber impedido que el detective penetrase en el fumadero. Le han confundido con un «necesitado» y...

—¡Silencio! No he venido hasta aquí para escuchar vuestras estupideces. Prestad atención. ¡Hay que eliminar a Mark Garland! —Tras una pausa, inquirió el encapuchado con glacial entonación—: ¿Habéis comprendido? Y tú, Lou McFerry, vas a encargarte de ello. Nadie mejor que tú puede hacerlo. En silencio, sin huellas, sin una pista. De ti será del último que pueda sospechar. Colega e íntimo amigo de Mark Garland. Con poco que te esmeres puedes conseguir lo hasta hoy irrealizable: ¡el crimen perfecto!

—Preferiría que se encargase Stup de ello, jefe —rehuyó el teniente de la Metropolitan Police, Lou McFerry, con un delgado hilo de voz.

—Preferiría no tener que presentarle a tu viuda mi más sentido y sincero pésame, teniente McFerry. En cuanto a ti, Stup, supongo que no hará falta decirte lo que tienes que hacer con Alleri. Un trabajo fino, delicado, ¿comprendes? No esos chapuces sanguinarios que acostumbras a efectuar.

—¿Sólo eso?

—No malgastes tu masa encefálica pensando, Stup, porque no se te da nada bien. No hay enfermedad peor que la indignación cerebral. Antes de llevarle el primer ramo de siemprevivas a tu amigo Albert Alleri, recoges toda la mercancía del Picadilly y la traes aquí, ¿entendido? Luego, te convendrá darte un «abierto» por Florida.

—Comprendo. Los folletos propagandísticos aseguran que reina por allí una temperatura muy agradable.

—Mañana a estas horas tiene que estar todo listo, ¿oyes McFerry? —El aludido asintió con un silencioso cabezazo a la interrogación del de la capucha. Y éste agregó—: Después nos tomaremos una temporada de reposo. Al menos, hasta que le den el carpetazo al asunto.

Alcanzó un pequeño maletín de cuero que reposaba en tierra, junto a su silla, y extrajo de él varios fajos de billetes.

Los repartió entre sus acólitos equitativamente.

—Para las vacaciones, muchachos. Mañana, a la uta de la madrugada, con todo concluido, nos reuniremos aquí de nuevo. ¡Ah...! Sin fallos, ¿eh?

—Sin fallos, jefe.

—Sin fallos, jefe.

* * *

El puño avanzó con la velocidad de una locomotora estrellándose contra la mandíbula del hombre. Encajó el golpe retrocediendo y, sin apenas darse cuenta, recibió el segundo en plena boca del estómago.

Le acometió mía arcada. Se inclinó. Y entonces recibió una coz en la barbilla que lo alzó en vilo proyectándole contra la pared.

Se arrugó como un acordeón sin exhalar un solo gemido.

Una mano lo asió por el cuero cabelludo levantándolo con

violencia, y otra le abofeteó el rostro repetidamente hasta hacer brillar en sus mejillas dos rosetones morados.

Por último, un fenomenal puñetazo, convirtió sus narices en pulpa sanguinolenta.

—¡Apaguen esa maldita luz...! —estalló, más preocupado por el raudal luminoso que por el dolor físico producido por el duro castigo que le inferían.

—Es necesaria, Albert Alleri. No tengo *flash* y quiero sacarte unas cuantas fotos para tus admiradoras. Aunque me temo que no vas a salir muy favorecido...

—¡Puaf! —Escupió babas llenas de sangre—. ¡Perros!

—Alleri, con nosotros vas equivocado. Te machacaremos si es preciso. Pero tú «cantarás». La «cocó» salió de tu local en una caja de cerillas y el detective Fellowes fue envenenado al ser descubierto. La acusación de asesinato es cosa muy seria, Alleri. Te conviene charlar hasta por los codos.

—¡¡Nada diré!! —bramó con terquedad el propietario del Picadilly, limpiándose el sangrante rostro.

Garland, apartándose, dijo a uno de sus compañeros:

—Sigue con él... —Y agregó en voz baja—: No dejes de «cascarlo» que ya está tierno. Yo, entre tanto, iré a preparar el último acto de este drama.

Fue a su despacho.

Sentado tras la mesa, iba a alcanzar el auricular del teléfono, cuando se abrió la puerta dejando paso a Lou McFerry.

—¡Vaya! ¡Empiezo a creer en la telepatía! —sonrió Mark—. Iba a llamarte.

El teniente tomó asiento al otro lado de la mesa.

—Hemos dado con Stup —anunció pomposamente.

—¡Magnífico! —exclamó el del FBI—. ¿Dónde?

—Northern Boulevard, 912. Es una pensión muy reservada. Tengo a un hombre vigilando permanentemente. Podemos ir ahora mismo, Mark... ¡Lo atraparemos allí!

Una extraña sonrisa cubrió el rostro del federal al decir:

—No hace falta.

—¿Qué...?

—Que no hace falta.

—No te comprendo, Mark.

Antes de contestar, Garland dejó transcurrir varios segundos de silencio. De tangible y denso silencio.

—Se cuanto necesito saber, Lou. A Stup le echaré el guante con el tiempo justo y preciso para introducirlo en la «cristalera». En estos instantes están «cociendo» a Albert Alleri. ¿Te suena ese nombre?

—Pues... no —respondió McFerry confuso—. ¿Tiene que ver con el asunto Donovan?

Mark no respondió a la pregunta. En lugar de ello, inquirió repentinamente:

—¿Recuerdas lo sucedido en casa de Adda Vailland?

Lou enarcó las cejas.

—¿Te refieres al día en que fue asesinada?

—Exacto —repuso. Y añadió—: ¿Ningún detalle te baila en la memoria?

—No.

—Piensa un poco. Alguien pronunció una frase que equivalía a la casi solución de este enigma.

Lou, procurando ocultar su nerviosismo, preguntó fingiendo extrañeza:

—¿Una frase? ¿Quién...?

—Tú. Tú mismo la pronunciaste.

—¡Mark! ¿Bromeas?

El aludido sonrió.

—Jamás he hablado tan en serio.

La inquietud de McFerry se hacía más agobiante por segundos.

—Pues... de veras que no recuerdo lo que pude decir.

—Me defraudas, Lou.

—Es que... claro, han sucedido tantas cosas en tan poco espacio de tiempo.

—¿Cosas? —sonrió extrañamente el federal—. Querrás decir... a-se-si-na-tos.

—Bueno... Eso he querido decir.

—Oportunos asesinatos —recalcó Mark con énfasis, mirando fijamente a su interlocutor—. En el momento preciso. Siempre antes de que yo llegara, ¿eh? ¿No te escama tanta coincidencia? Y ahora... ¿qué pretendes? ¿Qué te acompañe a Northern Boulevard para añadir mi nombre a la lista? ¿Ha ordenado el cerebro

incógnita que me elimines, Lou?

—¡Mark...! ¿Qué clase de estúpidas sandeces estás diciendo?

—Fue en casa de Adda Vailland, McFerry —explicó el agente como si no le hubiese oído—. Allí cometiste tu error. Pero en aquel instante yo estaba tan desalentado que apenas si atendí tus palabras. Por otra parte, ¿cómo iba a sospechar de ti? Recuerdo que te sentaste a mi lado y dijiste: «Melville, Alex, Ramsey, Maunders, Clarkson y... por último Adda. ¿Hasta dónde llegaremos, Mark? ¿Cuál es el nexo de unión entre estos crímenes?». Fueron estas tus palabras, ¿no, Lou?

—Sí..., algo parecido dije. ¡Pero es absurdo, monstruoso, lo que...!

—Tranquilízate y escúchame, teniente... —dijo con tenue sonrisa el hombre del FBI. Y prosiguió—: Cuando yo te llamé desde la residencia de Adda, no te hablé de que Lawrence Clarkson hubiese sido asesinado. Fui testigo de ese crimen, y quince minutos después de dejarlo muerto en su despacho me hallaba en el domicilio de Adda. No podías haberte enterado de la muerte de Clarkson en un espacio tan limitado de tiempo. Sin embargo, lo sabías, puesto que lo agregaste a la lista. ¿Quién te lo dijo, Lou? Por otra parte, encabezaste la relación de los asesinatos con el nombre de Melville. Oficialmente, la causa de su muerte fue aneurisma de aorta; no obstante, tú sabías que se trataba de un crimen. Yo, nada te dije al respecto. ¿De dónde sacaste tanta información, Lou McFerry?

—Mark, trata de razonar...

—Es inútil, Lou. El juego ya ha terminado.

A partir de aquel instante los hechos se sucedieron con rapidez vertiginosa.

Lou McFerry saltó atrás al tiempo que extraía su pistola.

—Muy sagaz, muy sagaz, agente —su voz rezumaba odio y rabia, parecía haberse convertido en una fiera acorralada—. Pero de nada va a servirte. Aunque sea lo último que haga en mi vida... ¡Te mataré!

Mark, apenas si se había movido.

—No seas iluso —le desafió con extraordinaria sangre fría—. ¿Crees que saldrás de este edificio si aprietas el gatillo?

—Poco me importa —masculló—, he de matarte...

La puerta se abrió de improviso.

—¡Conseguido, Mark! —exclamó el que entraba—. Alleri ha cantado. Pero lo grande del caso es que Lou McFerry...

El teniente, al borde de un nerviosismo histérico, se revolvió en aquel preciso instante.

El otro, al verlo pistola en ristre, boquiabierto, enmudeció.

El estado nervioso le jugó una mala pasada a McFerry.

Fuera lo que fuese, el caso es que apretó el gatillo y una mancha roja floreció en la camisa, a la altura del pecho, del que acababa de llegar. Los ojos de éste, herido de muerte, expresaron en la fracción de segundo que separaba un mundo de otro, el enorme asombro que le producía aquel inesperado disparo.

Lou giró sobre los talones, desesperado.

Pero ya era tarde.

Mark habíase lanzado sobre él profiriendo un duro juramento. Fue fácil, cuestión de segundos, desarmarlo, golpearlo, y reducirlo a la impotencia.

CAPÍTULO XI

—¿Está Alleri en su despacho?

—Me parece —respondió el otro.

Stup avanzó por el pasillo tarareando la musiquilla de una popular creación de Elvis Presley.

Abrió decididamente. Vio al hombre que estaba sentado a la mesa enfrascado en la lectura de unos papeles.

—¡Hola, bambino!

El individuo alzó la cabeza.

—¡Pero...! —exclamó con evidente alegría—. ¿Mira quién está ahí? ¡Mi entrañable amigo Stup!

Al «entrañable» se le atragantó la saliva.

Porque un extraño juego de magia había transformado a Albert Alleri en Mark Garland.

El federal salió de la mesa, diciendo:

—No puedes hacerte una idea de la alegría que me da verte de nuevo. Más que alegría, siento una hemorragia de satisfacción. ¡No te quedes así, hombre! Cuéntame de tu vida sonrió con sarcasmo. — ¡Ah!, ya comprendo. Estos días has tenido un trabajo enorme... Siempre dándole al gatillo, siempre «liquidando» gente. ¡Qué «profesión» tan aburrida la tuya!

Stup estaba como petrificado.

Aquello no entraba en el programa. Al «fed» ya tenía que habérselo cargado McFerry.

—¿Has venido a por la mercancía... o a «despachar» a Alleri? ¿A las dos cosas juntas a lo mejor? —Prosiguió Maris en tono burlón—: Para eso estamos los amigos, Stup, para echarnos una mano unos a otros, para ahorrarnos trabajo. A Albert Alleri ya lo tenemos a buen recaudo, ¿sabes? Y lo mismo ha sucedido con nuestro mutuo colega

Lou McFerry. ¡Si supieras la de cosas interesantísimas que ambos me han contado...!

Como si acabase de salir de un largo estado de letargo, Stup, centelleante, amagó un movimiento.

El de ir a por la «ferretería».

Pero Mark había previsto sobradamente aquel movimiento. Un salto de impecable estilo lo colocó sobre Stup. Le atrapó la muñeca derecha aplicando una torsión que obligó al escuálido asesino a efectuar un rápido volteo.

E inverosímilmente se zafó de la presa.

—¿Qué te creías, cerdo? —se jactó—. ¡Voy a destrozarte!

Y se abalanzó sobre Mark tras hacer una ágil finta.

El federal lo esperó a la salida de ella.

Un escorzo. Se filtró por entre su guardia castigándole el hígado y la cara, con diestra y zurda respectivamente. Luego, dejándose ir a tierra con una rapidez vertiginosa, atrapó a Stup por el cuello con los tobillos y lo volteó al otro extremo de la estancia.

Se arreó un espaldazo de tres pares de narices.

Mark, en pie, deseoso de cobrarse la cobarde paliza recibida, apeló a los marrulleros recursos del catcher más criticado. Asiendo la cabeza de Stup por los pelos, empezó a castigarle con la rodilla, una y otra vez, con sonoros impactos en mitad del rostro.

Hasta convertírsele en una pulpa sanguinolenta.

Luego, como final, soltando la cabeza, pisó el tobillo derecho del asesino y, sujetando el izquierdo con ambas manos, empezó a retorcer a la inversa, aplicándole un eficaz y dolorosísimo «torniquete».

—¡Arrrrrrh! —rugió Stup—. ¡Hijo de perra!

Le pegó una patada en la boca.

—Yo no me ensaño con los indefensos, ¡bastardo!

—Engendro de...

Otro punterazo en la boca hizo que la palabra fuese sustituida por sangre.

Stup estaba deshecho.

Materialmente deshecho.

—¡Bastaaaaa!

Al soltarlo, se desmayó.

—Todavía no estamos en paz —murmuró el agente con los ojos

rojizos.

El killer yacía inánime, doblado como un muñeco de trapo. Esto le hizo desistir de seguir pegándole.

* * *

Parecía un cadáver recién resucitado.

A su lado estaba Albert Alleri. Y junto a éste, Lou McFerry.

—Espero tu historia, Stup Dacton. Y recuerda que te conviene ser claro y conciso. Si algo no recuerdas... ¡ahí tienes a nuestro común colega McFerry para refrescarte la memoria! ¿Por qué liquidaste a Melville Donovan?

—Es... una larga historia.

—Tenemos tiempo, Stup. Y te escuchamos de mil amores —dijo Mark Garland con evidente ironía.

—Ocurrió a mediados de enero de 1950 —explicó Stup sin hacerse rogar ni «arrear» más—. Cuando la policía «colocó» a McBryan, Clarkson y Maunders en el East River, tratando de «pasar» un alijo. El jefe les prometió que si no hablaban les sacaría bien del asunto. De lo contrario, la «bofia» destruiría nuestra red y por consiguiente a ellos.

»Adda Vailland pertenecía a la organización. El jefe conocía mucho de la vida de ella. Entre otras cosas, que un experto abogado llamado Melville Donovan sorbía el viento a toneladas por una sonrisa de Adda. Ésta fue quien convenció a Melville de que se hiciera cargo de la defensa de Clarkson y los demás. Al principio el abogado albergaba celos y escrúpulos de conciencia, pero Adda sonrió y...

—Ahórrate los comentarios de tu cosecha —le interrumpió Mark Garland.

—Como ya podía suponerse —prosiguió Stup sin decir ni «pío» a la objeción del federal—, Melville se enteró de demasiadas cosas y empezó a ponerse peligroso. Descubrió la identidad del jefe y le amenazó con hablar del asunto a la policía.

»Lo inyectamos. Con el tiempo justo para que llegase a su casa y expiara. Convencí a Eirik Newton de cómo tenía que extender el certificado de defunción si no quería que algún compañero suyo extendiera el de él.

—¿Cuál era la misión de Adda? —quiso saber Charles Warring, que estaba presente en el interrogatorio.

—Junto con Maunders, eran las cabezas visibles. Yo y los muchachos nos encargábamos de la «protección»; McFerry, de evitar entorpecimientos, su situación nos era muy favorable.

—Sigue —intervino Garland.

—Todo volvió a la normalidad después de la muerte de Melville Donovan. Transcurrieron algunos años hasta que, poco tiempo atrás, apareció su hijo Alex en escena. Trataba de seguir el mismo camino de su padre. ¡Y a fé que lo consiguió! Por lo visto tenía completa certeza de cuáles habían sido los verdaderos motivos del fallecimiento de su progenitor y el origen de los mismos. En lugar de intentar esclarecer ese suceso atacó sutilmente por otro punto. Era abogado y sabía que necesitaba pruebas. Por ello dio instrucciones a

Ramsey & Fellowes

para que encontrasen los datos necesarios que le permitieran destruir nuestra organización. El jefe me advirtió de lo que sucedía y sometimos a Alex a estrecha vigilancia. Tratamos de evitar, por orden expresa del jefe, lo que indefectiblemente tenía que suceder.

—¿Cómo supiste que Alex Donovan estaría aquella noche en el Music Tropical? —se interesó el inspector jefe.

—Lo supe —respondió Stup— porque el jefe me llamó una hora antes dándome instrucciones concretas. Nos presentamos en el *night club* y eliminamos al abogado.

—Pero... —le atajó Garland—, el coche que empleasteis ese día era robado. ¿Por qué?

—Lo sustrajimos en Philadelphia. Sirvió para trasladar mercancía desde esa ciudad hasta Nueva York.

—¿Qué sucedió luego?

—Intervino usted. McFerry iba dando largas al asunto. Pero llegó un momento que no tuvo más remedio que pasarlo a la jurisdicción federal. Apareció Doris Donovan con sus sugerencias y Lou se vio obligado a enviársela a usted, no sin antes advertirme de lo que ella había dicho y de cuál sería su probable reacción cuando se enterara. Por ello mandé eliminar a Ramsey a toda prisa. Estaba demasiado cerca de la verdad.

»Lo demás ha ido encadenado. Unas veces porque Lou sabía lo

que usted iba a hacer, otras... porque lo intuía. Por ello podía yo anticiparme a su acción.

»Esta mañana he sabido que había localizado a mi chica. Por eso le he dicho a Lou que salvara las apariencias diciendo que me había localizado, que le facilitara mi dirección, seguro ya de que May se la había comunicado y...

—... Que me atrajera hasta tu escondrijo para eliminarme tal como habíale ordenado el jefe, ¿no? —concluyó el propio Garland.

Hubo un silencio.

—¿Qué ocurrió con Fellowes? —quiso saber Charles Warring.

—Trató de trabajar en lo de su socio probablemente para vengar su muerte. Y como por lo visto estaba al corriente de los progresos de Ramsey y se nos coló sin apenas damos cuenta. Descubrimos tarde el engaño, y él se dio cuenta de que, pese a ello, habíamos tenido tiempo de envenenarle.

»No obstante, pudo irse del Picadilly. Y se las ingenió para hacer llegar hasta ustedes la caja de bengalas. Luego, usted —Stup miró a Garland—, se nos adelantó por una sola vez y dio con la verdad.

—Una última pregunta, Stup —dijo el agente del FBI—. ¿Quién es el cerebro incógnita que rige la organización?

—Siempre que lo he visto, se cubría el rostro con una capucha.

—Y... ¿nunca has sentido curiosidad por saber a quién pertenecía el rostro que se esconde tras esa capucha?

Se pasó la punta de la lengua por los repulsivos y finos labios.

—¡Ah! —exclamó. Agregando—: Y aunque él supone que nunca he llegado a sospecharla... lo cierto es que tengo casi la certeza de su identidad...

—¡El nombre, Stup!

Pronunció uno.

Que los dejó a todos de piedra, excepto a Garland. Y también al inspector jefe, que veía cómo aquel nombre encajaba perfectamente en la hipótesis absurda que le hiciera su subordinado.

—Pues tu jefe, Stup, te ha menospreciado, ¿sabes? Yo también hace tiempo que sospecho de él. Ahora... ya no me cabe la menor duda.

—Atraparlo será sencillo —dijo Charles Warring al quedar solo en su despacho con el agente Mark Garland.

—¿De veras? —ironizó su subordinado—. ¿Cómo?

—Acudiendo esta noche a la casa de la colina de Hoboken, a la una, en lugar de Stup y Lou.

—¡Bah! —rechazó con un manotazo Mark—. Eso es lo más absurdo que he oído en mi vida. Ese hombre es demasiado inteligente, inspector, como para dejar cazarse en esa burda trampa. Además, a estas horas, ya sabe del fracaso de sus esbirros. ¡Ah!, y no olvide que no podemos proceder contra él por falta de pruebas. Todo lo que tenemos... son las sospechas de Stup y las mías. Con esos argumentos, cualquier jurado y cualquier tribunal se troncharían de risa. ¡Y el abogado defensor lo pasaría en grande!

—Entonces... —balbució el inspector jefe—, ¿cómo piensas atraparlo?

Mark sonrió conejunamente.

—Tendiéndole otra trampa, tan burda e infantil si cabe, como la que usted pensaba tenderle.

—¿Y qué te hace suponer que sí caerá en la tuya y no en la mía? Se encogió de hombros el agente, ambiguamente.

—No sé. Quizá el mismo presentimiento que me hizo intuir su identidad.

—¿Y cuál es la trampa...?

—Secreto que pertenece al sumario.

—¡Eh, un momento! Al concederte el plazo de las cuarenta y ocho horas hemos quedado en que...

—¡No, no, no...!

Y entre bromas y sonrisas, cuando Warring vino a darse cuenta, Garland había abandonado su despacho sin decirle «esta boca es mía».

CAPÍTULO XII

Se besaron largamente.

—¡Oh, Mark... —jadeó ella—, parecía haber transcurrido un siglo sin verte!

—¿Tanto me quieres, Doris?

—Tanto, Mark.

—Oye...

—¿Sí?

—Ha llegado el definitivo momento de terminar el caso y desenmascarar al criminal. Pero... necesito tu ayuda.

Ella, parpadeando, enfocándolo con sus ojos negros, grandes, rasgados, dijo confusa:

—No te comprendo...

—Escúchame...

Mark, por espacio de media hora larga, estuvo hablando ininterrumpidamente. Al fin de sus explicaciones, inquirió, con un brillo de ansiedad reflejado en sus ojos:

—¿Me has comprendido?

—Creo que sí. ¿Tendré que estar sola?

—Sí. Pero no temas. Yo intervendré en el momento oportuno —sacó del bolsillo trasero del pantalón una pequeña automática de reducido calibre y la tendió a Doris—. Toma... no necesitarás de ella pero te sentirás más tranquila y protegida.

Le enseñó el manejo.

La muchacha cogió la pistola con un repelo de repugnancia.

—Haré lo que deseas —dijo, no obstante, resuelta.

—Eres una mujer valerosa, no te merezco.

Doris le besó suavemente.

—¡Te quiero! —murmuró a su oído.

Doris Donovan llevó el auricular a la oreja. Hizo girar el dial repetidamente.

Esperó a que le contestaran.

Cuando lo hicieron preguntó por un nombre y, al responderle afirmativamente, dijo:

—Escuche con atención y no me interrumpa. He encontrado un diario de mi difunto hermano Alex en el que anotó una serie de cosas interesantísimas. Habla mucho de usted... —Hubo una leve pausa—. ¡Oh, no, no se alarme! Soy una mujer eminentemente práctica. Todavía no se ha descubierto la fórmula que haga resucitar a los muertos, ¿entiende? Por lo tanto, los sentimentalismos no conducen a nada positivo. Mi silencio tiene un precio. Y usted dispone de veinticuatro horas para tratar sobre ese precio... De lo contrario, le hundiré.

Acto seguido cortó la comunicación.

CAPÍTULO XIII

Un reloj acababa de desgranar en monótona campanada la una de la madrugada.

Las tinieblas poblaban la alcoba. Sólo la acompasada respiración de alguien que dormía.

Sonó un leve chasquido. Tan leve, que pese al silencio, casi pasó inadvertido. La rítmica respiración del durmiente no se alteró.

Otro ruido cruzó la habitación.

Algo así como el roce de seda con seda.

Doris Donovan se removió inquieta. Cesaron los ruidos. Se despertó albergando la agobiante sensación de que, repentinamente, había dejado de estar sola en la habitación. El silencio era denso, agobiante, parecía asfixiar.

Sin embargo, la sensación de otra presencia humana en la estancia se hizo tan sólida, que hubo de realizar un enorme esfuerzo para no gritar.

Desapareció el sueño. La modorra se esfumó. Se le había despejado la cabeza en el intervalo de unos segundos. El pensamiento, despierto, vivo. Los sentidos alerta, aguzando al máximo el oído, en tensión los nervios.

Recordó las advertencias de Mark.

Pero el otro estaba allí.

El asesino estaba dentro del cuarto.

La pistola... sí. La pistola...

Estaba allí, moviéndose en la oscuridad, en el silencio, acechando, esperando el momento para matarla.

Sí... ¡La mataría!

Trató de dominarse.

La pistola..., debajo de la almohada, sí.

Apretó fuertemente la culata. Nunca había disparado.

El instinto la hizo llevar la mano libre al camisón. Lo alzó, apretándolo contra el pecho.

Un nuevo chasquido.

Ya no cabía duda alguna... Estaba junto a ella. Saltó de la cama, angustiada, convulsionado su cuerpo por un intenso temblor.

Zozobraba.

Un destello metálico refulgió en la oscuridad. Un silbido siniestro hendió el aire.

Un objeto cálido azotó sus cabellos y, segundos después, un cuchillo se incrustó en la cabecera de la cama produciendo una macabra vibración.

Nació en la femenina garganta un grito infrahumano. Enloquecida, sin saber cómo, sin apuntar, oprimió el gatillo.

¡Crac! ¡Crac! ¡Crac! ¡Crac!

Hasta cuatro veces consecutivas.

* * *

Mark, apostado en la esquina, amparado en la penumbra del angosto portal, dominaba perfectamente los dos accesos que conducían al apartamento de Doris Donovan.

Pendiente más bien de la escalerilla de incendios, prendió un cigarrillo.

Fumando incesantemente, vio transcurrir los minutos.

Aquella era, en definitiva, su última oportunidad. Si fracasaba, habría llegado el momento de hacer lo que pensara: Placa y pistola sobre la mesa de Charles Warring.

No bastaba con que él tuviese la certeza de cuál era la identidad del cerebro incógnita que había creado una de las más poderosas organizaciones criminales dedicadas al tráfico de estupefacientes. Tenía que demostrarlo.

Demostrarlo... o sorprenderlo en el preciso instante en que tratara de eliminar al último testigo.

Un testigo inexistente, un testigo que él había creado: Doris Donovan.

¿Acudiría a aquella definitiva cita el hombre de la capucha?

Eso esperaba Garland.

Encendió otro cigarrillo. Las doce ya quedaban atrás. Tenía toda la noche por delante. Si las circunstancias lo exigían tendría que pasarla en vela. Y lo daría por bien empleado sí...

¿Para qué devanarse más los sesos? Pensando no, conseguiría que el Destino hiciese causa común con sus deseos.

Sólo podía... esperar.

Dio la una de la madrugada.

Y entonces, a lo lejos, se escuchó el motor de un coche que se acercaba a buena velocidad.

Muy cerca ya, enmudeció.

Mark, rígido, atisbo hacia la calle.

Vio el modernísimo «Buick». Y el individuo que descendía de él rigurosamente vestido de negro.

Una íntima alegría agitó el cuerpo del agente. ¡Por fin! ¡El triunfo... estaba al alcance de sus manos!

Lentamente abandonó la protección del portal y pegado al muro empezó a caminar.

Apretó el paso hasta llegar a la escalerilla de incendios, siguiendo el camino que marcaba el otro.

Alcanzó el tramo basculante.

Inició el ascenso con la mayor rapidez que resultaba compatible con el silencio.

Llegó al séptimo piso. Caminó por el estrecho corredor dejando atrás dos ventanas. La tercera, entreabierta, correspondía al apartamento de Doris.

En aquel preciso instante el grito desgarró el silencio de la noche como un estilete de agudo filo.

Y sonaron las detonaciones.

¡Crac! ¡Crac! ¡Crac! ¡Crac!

Se precipitó velozmente hacia el interior.

Con la pistola en la diestra se encontró dentro de la habitación. Buscó febrilmente el conmutador. Encendió la luz y contempló la patética escena.

Segundos... sólo segundos.

Ella. El. Un puñal trágicamente enhiesto...

Sólo segundos.

¡Crac! ¡Crac! ¡Crac! ¡Crac! ¡Crac!

Cinco disparos. Sin darle tiempo al hombre a que reaccionara

ante su imprevista presencia.

Fueron cinco los proyectiles que alcanzaron un mismo blanco.

Las cinco heridas eran mortales.

Cayó pesadamente. Convertido en un auténtico surtidor de sangre.

Howard Jarber, director de la Trading Borroughs Mines Incorporated, hombre que había ambicionado el proyecto de escalar un puesto en el Senado, estaba muerto.

Muerto.

El cerebro incógnita había caído.

En realidad, Mark, no lo vio caer. Tenía entre sus brazos el cuerpo tembloroso de Doris. Ella, pese al terror vivido, acertó a preguntar:

—¿Cómo sospechaste de él, Mark?

—Tuve consideración desde el principio el hecho de que los asesinos de tu hermano Alex eligieron precisamente el Music Tropical como escenario del crimen. Era un detalle desconcertante. Los asesinos habían acudido al club nocturno con toda clase de garantías de encontrarle porque, si no, era una operación absurda y arriesgada. Sólo alguien que conociese los propósitos de Alex para aquella noche podía dictar su sentencia de muerte en el lugar. Iris Jarber, inconscientemente, me facilitó la clave del enigma. Recuerdo con toda exactitud sus palabras: «La tarde en que sucedió el... accidente, Alex estuvo en casa trabajando con mi padre. Yo no recuerdo con exactitud la razón ni el motivo, entré unos segundos en el despacho. Fue entonces cuando me pidió que asistiera con él al Music Tropical. El resto, ya debe usted saberlo, ¿no?». Sólo dos personas sabían al lugar que acudiría tu hermano aquella noche. Iris le acompañaba. ¿Por qué no su padre? Creo que he acertado...

—¡Es horrible!

Mark sentía el calor de su tembloroso cuerpo fuertemente apretado contra el suyo.

Y se olvidó de todo. De todos. Del mundo.

La estrujó con fuerza buscando sus labios apasionadamente, acariciándole el cabello, los hombros.

Ella, entreabrió la boca. Para besar y ser besada. Para corresponder a las caricias.

Como macabra ironía del Destino, sobre el ensangrentado

cadáver que marcaba el fin de una existencia nefasta y turbulenta, dos seres encontraban el principio de su felicidad.

—¿Quieres ser la esposa de un agente federal...?

—Sí...

Y luego, silencio.

¿Por eso duró el silencio?

FIN



Francisco Caudet Yarza (Barcelona 1939), ya en la infancia manifiesta su inclinación hacia la literatura y se apasiona con la lectura de clásicos franceses y rusos (Dumas, Tolstoi, Verne), autores que simultánea con los españoles de la novela de kiosco como Mallorquí, Donald Curtis, Mark Halloran y otros, en especial Guillermo López Hipkiss con el que se identifica de tal modo que, pasado el tiempo y siendo ya un profesional de la novela popular, reconoce que él ha sido el auténtico detonante de su vocación literaria. Debuta en 1965 en el mundo de los «bolsilibros» con la madrileña Editorial Rollán que le publica su primer original en la legendaria serie FBI, con el título de Enigma. Dos años después la barcelonesa Bruguera le ofrece un contrato de colaboración en exclusiva para novelas de bolsillo, empresa que comercializa durante años sus originales que rozan los cuatrocientos títulos y que firma con el más conocido de sus seudónimos: Frank Caudett. Con el devenir del tiempo incursiona en otros ámbitos literarios y publica con diferentes editoras, entre ellas Edimat, Libsa, Planeta, Ediciones Obelisco, etc. Algunas de sus obras más significadas son: *Al correr del tiempo...*, *Generaciones Castradas*, *Historia Política de Cataluña 1880-1936*,

Las profecías de Nostradamus, Franco resumen biográfico y es autor, junto con su esposa, la documentalista María José Llorens, del primer libro sobre la Ouija que se publica en la España de la transición. Desde hace varios años colabora con un *holding* editorial sudamericano.

Multieditors de Promociones, S. L., *holding* sudamericano antes aludido, es la editora que publica actualmente la totalidad de su producción literaria, repartida en diferentes colecciones, según las respectivas temáticas. Death Club es una serie policiaca, lo que hoy se conoce como «novela negra», en la que volviendo a su legendario seudónimo de Frank Caudett, han aparecido varios títulos suyos. El último, La Starlet, según los informes que le facilita la propia editorial, ha recibido el beneplácito de la asesoría literaria y también una favorable acogida por parte del público lector.

Utilizó los

ALIAS:

- Frank Caudett.
- Frankie Cauyarz.
- Kyle Brown.
- Michael Bannister.
- Montana Blake.
- Ariel Sinclair.
- Winston McNeil.

Notas

[1] Brigada de Estupefacientes. Se encarga de la represión del tráfico de drogas. < <